

La Epifanía del Señor (ABC)

- **DEL MISAL MENSUAL**
- **BIBLIA DE NAVARRA** (www.bibliadenavarra.blogspot.com)
- **SAN AGUSTÍN** (www.iveargentina.org)
- **FRANCISCO – Homilías 2014 - 2016**
- **BENEDICTO XVI – Todas sus homilías en archivo aparte**
- **DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos**
- **RANIERO CANTALAMESSA** (www.cantalamessa.org)
- **FLUVIUM** (www.fluvium.org)
- **PALABRA Y VIDA** (www.palabrayvida.com.ar)
- **BIBLIOTECA ALMUDÍ** (www.almudi.org)
 - **Homilías con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II**
 - **Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva**
 - **Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica**
- **HABLAR CON DIOS** (www.hablarcondios.org)
- **Rev. D. Joaquim VILLANUEVA i Poll (Barcelona, España)** (www.evangelinet.net)

DEL MISAL MENSUAL

LA LUZ QUE VENACE A LA OSCURIDAD

Is 60,1-6; Ef 3,2-3.5-6; Mt 2,1-12

El profeta Isaías contrasta un entorno de oscuridad y tiniebla que envuelve al mundo, con el surgimiento de una luz que despunta al amanecer sobre Jerusalén. Es claro que no se trata literalmente de la ausencia o abundancia de luz solar, sino de símbolos de una transformación más profunda que contagia de alegría el corazón de la gente. La alegría y el miedo no se pueden fingir, se transparentan. Las personas que tienen una experiencia de Dios irradian una serena alegría. Por el contrario, quienes viven endiosados en su propio poder como el rey Herodes, viven en la ansiedad de perderlo todo. A Herodes le preocupaba perder el control político; le aterraba la noticia del nacimiento de un competidor. Su obsesión por el poder lo volvió un tirano sanguinario. Los magos, por su parte, no se dejaron engatusar y no quisieron ser comparsas de sus oscuras intenciones homicidas.

ANTÍFONA DE ENTRADA Cfr. MI 3, 1; 1 Cro 19, 12

Miren que ya viene el Señor todopoderoso; en su mano están el reino y la potestad y el imperio.

ORACIÓN COLECTA

Señor Dios, que en este día manifestaste a tu Unigénito a las naciones, guiándolas por la estrella, concede a los que ya te conocemos por la fe, que lleguemos a contemplar la hermosura de tu excelsa gloria. Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos.

LITURGIA DE LA PALABRA

PRIMERA LECTURA

La gloria del Señor alborea sobre ti.

Del libro del profeta Isaías: 60, 1-6

Levántate y resplandece, Jerusalén, porque ha llegado tu luz y la gloria del Señor alborea sobre ti. Mira: las tinieblas cubren la tierra y espesa niebla envuelve a los pueblos; pero sobre ti resplandece el Señor y en ti se manifiesta su gloria. Caminarán los pueblos a tu luz y los reyes al resplandor de tu aurora.

Levanta los ojos y mira alrededor: todos se reúnen y vienen a ti; tus hijos llegan de lejos, a tus hijas las traen en brazos. Entonces verás esto radiante de alegría; tu corazón se alegrará y se ensanchará cuando se vuelquen sobre ti los tesoros del mar y te traigan las riquezas de los pueblos. Te inundará una multitud de camellos y dromedarios, procedentes de Madián y de Efá. Vendrán todos los de Sabá trayendo incienso y oro y proclamando las alabanzas del Señor.

Palabra de Dios.

SALMO RESPONSORIAL

Del salmo 71, 2. 7-8. 10-11. 12-13

R/. Que te adoren, Señor, todos los pueblos.

Comunica, Señor, al rey tu juicio, y tu justicia al que es hijo de reyes; así tu siervo saldrá en defensa de tus pobres y regirá a tu pueblo justamente. **R/.**

Florecerá en sus días la justicia y reinará la paz, era tras era. De mar a mar se extenderá su reino y de un extremo al otro de la tierra. **R/.**

Los reyes de Occidente y de las islas le ofrecerán sus dones. Ante Él se postrarán todos los reyes y todas las naciones. **R/.**

Al débil librará del poderoso y ayudará al que se encuentra sin amparo; se apiadará del desvalido y pobre y salvará la vida al desdichado. **R/.**

SEGUNDA LECTURA

También los paganos participan de la misma herencia que nosotros.

De la carta del apóstol san Pablo a los efesios: 3, 2-3. 5-6

Hermanos: Han oído hablar de la distribución de la gracia de Dios, que se me ha confiado en favor de ustedes. Por revelación se me dio a conocer este misterio, que no había sido manifestado a los hombres en otros tiempos, pero que ha sido revelado ahora por el Espíritu a sus santos apóstoles y profetas: es decir, que por el Evangelio, también los paganos son coherederos de la misma herencia, miembros del mismo cuerpo y partícipes de la misma promesa en Jesucristo.

Palabra de Dios.

ACLAMACIÓN ANTES DEL EVANGELIO Cfr. Mt 2, 2

R/. Aleluya, aleluya.

Hemos visto su estrella en el Oriente y hemos venido a adorar al Señor. R/.

EVANGELIO

Hemos venido de Oriente para adorar al rey de los judíos.

Del santo Evangelio según san Mateo: 2, 1-12

Jesús nació en Belén de Judá, en tiempos del rey Herodes. Unos magos de Oriente llegaron entonces a Jerusalén y preguntaron: “¿Dónde está el rey de los judíos que acaba de nacer? Porque vimos surgir su estrella y hemos venido a adorarlo”.

Al enterarse de esto, el rey Herodes se sobresaltó y toda Jerusalén con él. Convocó entonces a los sumos sacerdotes y a los escribas del pueblo y les preguntó dónde tenía que nacer el Mesías. Ellos le contestaron: “En Belén de Judá, porque así lo ha escrito el profeta: Y tú, Belén, tierra de Judá, no eres en manera alguna la menor entre las ciudades ilustres de Judá, pues de ti saldrá un jefe, que será el pastor de mi pueblo, Israel”.

Entonces Herodes llamó en secreto a los magos, para que le precisaran el tiempo en que se les había aparecido la estrella y los mandó a Belén, diciéndoles: “Vayan a averiguar cuidadosamente qué hay de ese niño y, cuando lo encuentren, avísenme para que yo también vaya a adorarlo”.

Después de oír al rey, los magos se pusieron en camino, y de pronto la estrella que habían visto surgir, comenzó a guiarlos, hasta que se detuvo encima de donde estaba el niño. Al ver de nuevo la estrella, se llenaron de inmensa alegría. Entraron en la casa y vieron al niño con María, su madre, y postrándose, lo adoraron. Después, abriendo sus cofres, le ofrecieron regalos: oro, incienso y mirra. Advertidos durante el sueño de que no volvieran a Herodes, regresaron a su tierra por otro camino.

Palabra del Señor.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Mira con bondad, Señor, los dones de tu Iglesia, que no consisten ya en oro, incienso y mirra, sino en lo que por esos dones se representa, se inmola y se recibe como alimento, Jesucristo, Señor nuestro. Él, que vive y reina por los siglos de los siglos.

ANTÍFONA DE LA COMUNIÓN Cfr. Mt 2, 2

Hemos visto su estrella en el Oriente y venimos con regalos a adorar al Señor.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Te pedimos, Señor, que tu luz celestial siempre y en todas partes vaya guiándonos, para que contemplemos con ojos puros y recibamos con amor sincero el misterio del que quisiste hacernos partícipes. Por Jesucristo, nuestro Señor.

BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)

Todos vendrán de Sabá cargados de oro e incienso (Is 60,1-6)

1ª lectura

Estos versos son el comienzo de un magnífico himno a Jerusalén (*Is* 60,1-22), la ciudad restaurada e idealizada que el profeta no necesita nombrar expresamente. La luminosidad, como característica más notable de la capital, abre y cierra el poema (vv. 1-3 y 19-22): brota de la gloria del Señor, que ha puesto su morada en ella, en su Templo, y atrae a todas las naciones no sólo porque las instruye con la Ley y la palabra de Dios, como se cantaba al inicio del libro (2,2-4; cfr *Mi* 4,1-3), sino porque las asombra con su esplendor. El centro del poema es una contemplación gozosa de las peregrinaciones hacia la ciudad santa: allá vienen, en primer lugar, los israelitas que habían sido dispersados por todas las naciones; vienen gozosos y cargados de riquezas para el Señor (vv. 4-9). Llegan también los extranjeros, que con sus bienes más preciados reconstruirán y embellecerán lo que antes habían derruido. La pleitesía que han de tributar corresponde a las antiguas vejaciones que le habían infligido (vv. 10-14). Pero, sobre todo, llega el Señor, que junto con los adornos más valiosos trae la paz (vv. 15-18) y la luz (vv. 19-22). Tales expectativas debieron de llenar de esperanza a los habitantes de Jerusalén, que acababan de reconstruir el Templo.

Destaca el carácter universalista y, a la vez, familiar de esta peregrinación: vienen de todas partes, pero son hijos, no extraños (v. 4). El grupo de peregrinos lo componen los que estaban dispersos por todo el mundo entonces conocido, y no sólo los desterrados en Babilonia. Los del oeste llegarían por mar (v. 5), portando las riquezas que solían traer los mercaderes portuarios, griegos y fenicios especialmente. Los del este, provenientes de la península de Arabia (Quedar y Nebayot) y más allá, vendrían entre los grupos de caravaneros con las riquezas propias de aquellas regiones: plata, oro, etc., (v. 6).

El relato de los magos que llegan a adorar a Jesús con presentes refleja este comercio desde oriente y probablemente está relacionado con el texto de Isaías. En todo caso, al leer el pasaje en la Solemnidad de Epifanía la liturgia cristiana entiende que aquellas riquezas traídas al Templo en reconocimiento del Señor prefiguran las ofrendas que los magos presentaron a Aquel que es en plenitud «el Señor, tu Dios, el Santo de Israel» (*Is* 60,9).

«Hoy el mago encuentra llorando en la cuna a aquel que, resplandeciente, buscaba en las estrellas. Hoy el mago contempla claramente entre pañales a aquel que, encubierto, buscaba pacientemente en los astros. Hoy el mago discierne con profundo asombro lo que allí contempla: el cielo en la tierra, la tierra en el cielo, el hombre en Dios, y Dios en el hombre; y a aquel que no puede ser encerrado en todo el universo incluido en un cuerpo de niño. Y, viendo, cree y no duda; y lo proclama con sus dones místicos: el incienso para Dios, el oro para el Rey, y la mirra para el que morirá. Hoy el gentil, que era el último, ha pasado a ser el primero, pues entonces la fe de los magos consagró la creencia de las naciones» (S. Pedro Crisólogo, *Sermones* 160).

Y Eusebio de Cesarea comenta: «Pues la Iglesia de Dios es glorificada especialmente por la conversión de los gentiles. Éste es el cumplimiento de Y mi casa de oración será glorificada. Esta promesa fue hecha a la antigua Jerusalén, la madre de la nueva ciudad, que, como ya se ha dicho, es el conjunto de los que en el antiguo pueblo vivieron rectamente: los profetas y patriarcas, hombres justos, a los que el logos proclamó primero la venida de Cristo» (*Commentaria in Isaiam* 60,6-7).

También los paganos participan de nuestra herencia (Ef 3,2-3a.5-6)

2ª lectura

En el Antiguo Testamento se había revelado por la promesa hecha a Abrahán, que en su descendencia serían bendecidas todas las naciones de la tierra (cfr *Gen* 12,3; *Sir* 44,21). Pero la forma en que se iba a realizar aquella bendición no había sido desvelada. Los judíos siempre pensaron que sería a través de su exaltación, como pueblo, entre todos los demás pueblos. San Pablo

descubre, a la luz de cuanto Jesucristo le reveló, que no ha sido ese el camino elegido por Dios, sino la incorporación de los gentiles a la Iglesia, Cuerpo de Cristo, en igualdad con los judíos. Esto constituye el «Misterio», el plan de Dios tal como se ha dado a conocer en la misión que Cristo confió a sus apóstoles o enviados (cfr *Mt* 28,19), entre los que se cuenta también el mismo San Pablo (cfr 3,8).

Junto a los apóstoles se mencionan los profetas, que pueden ser o los del Antiguo Testamento que anunciaron al Mesías, o los del Nuevo, es decir, los mismos apóstoles y otros cristianos que tuvieron conocimiento, por revelación, del plan de salvación de los gentiles y lo proclamaron movidos por el Espíritu de Dios. El contexto y otros pasajes de la carta a los Efesios, inclinan a pensar que se trata de los profetas del Nuevo. La revelación que el Espíritu Santo ha hecho a éstos acerca del Misterio tiene como finalidad «que prediquen el Evangelio, susciten la fe en Jesús Mesías y Señor, y congreguen a la Iglesia» (*Dei Verbum*, n. 17). San Pablo no se considera el único conocedor del Misterio revelado en Jesucristo. Únicamente testimonia que él también lo conoce por gracia de Dios y que le ha sido confiada su predicación de una manera particular, como a San Pedro se le confió la predicación entre los judíos (cfr *Ga* 2,7).

San Pablo atribuye al Espíritu Santo la revelación del Misterio, recordando, tal vez, cómo llegó él mismo a conocerlo tras el encuentro con Jesucristo en el camino de Damasco (cfr *Hch* 9,17). El Espíritu es el que ha actuado también en los Apóstoles y Profetas (cfr *Hch* 2,17), y el que vivifica permanentemente a la Iglesia para que ésta proclame el Evangelio. «Él es el alma de esta Iglesia – enseña el Papa Pablo VI–. Él es quien explica a los fieles el sentido profundo de las enseñanzas de Jesús y su misterio. Él es quien, hoy igual que en los comienzos de la Iglesia, actúa en cada evangelizador que se deja poseer y conducir por él, y pone en los labios las palabras que por sí solo no podría hallar, predisponiendo también el alma del que escucha para hacerla abierta y acogedora de la Buena Nueva y del reino anunciado» (*Evangelii nuntiandi*, n. 75).

Hemos venido de oriente para adorar al rey de los judíos (Mt 2, 1-12)

Evangelio

El primer capítulo del evangelio enseñaba el origen de Jesús y este segundo se dedica a su misión, al destino de su vida. Jesús es el Mesías, un rey a la manera de un nuevo y más grande David, en el que se han cumplido las profecías: la estrella que anuncia su nacimiento (cfr *Nm* 24,17), la ciudad de Belén en la que nace (cfr *Mi* 5,1), la sumisión a Dios de los reyes de la tierra que ofrecen sus dones y le adoran (*Is* 49,23; 60,5-6; *Sal* 72,10-15). Pero es también el Hijo de Dios que cumple la obra de la salvación que Israel –también llamado hijo de Dios en el Antiguo Testamento (*Ex* 4,22-23; *Os* 11,1; etc.)– no supo llevar a cabo (cfr 2,15). Si Jesús es el iniciador del nuevo pueblo de Dios, estos magos, al no ser judíos, representan a las primicias de los gentiles que recibirán la llamada de la salvación en Jesucristo. Así lo entendió la Iglesia al celebrarlos en la solemnidad de la Epifanía: «Que todos los pueblos vengán a incorporarse a la familia de los patriarcas, y que los hijos de la promesa reciban la bendición de la descendencia de Abrahán (...). Que todas las naciones, en la persona de los tres Magos, adoren al Autor del universo, y que Dios sea conocido, no ya sólo en Judea, sino también en el mundo entero, para que por doquier sea grande su nombre en Israel» (S. León Magno, *Sermo 3 in Epiphania Domini* 2).

«Después de nacer Jesús en Belén de Judá en tiempos del rey Herodes, unos magos...» (v. 1). El relato sirve en primer lugar para situar el contexto histórico: Jesús nació en tiempos de Herodes el grande. Este Herodes –padre de Herodes Antipas (14,1-12), abuelo de Herodes Agripa I (*Hch* 12,1-23) y bisabuelo de Herodes Agripa II (*Hch* 25,13-26,32)– no era judío sino idumeo, pero consiguió

reinar con la ayuda y en vasallaje al Imperio Romano. En su reinado, desplegó una gran actividad pública y reconstruyó lujosamente el Templo de Jerusalén. Es célebre por su crueldad: mató a la mayoría de sus mujeres, a varios de sus hijos y a un buen número de personajes influyentes. El evangelio nos dice muy pocas cosas sobre la identidad de estos magos. Tradiciones tardías especificaron su origen y número. La más conocida viene del evangelio apócrifo armeno, que nos dice que los magos eran tres reyes, hermanos, originarios de Persia, llamados Melchor, Gaspar y Baltasar.

Con la pregunta: «¿Dónde está el rey de los judíos que ha nacido?» (v. 2), Mateo presenta como en contraste dos reyes, Herodes y Jesús, con dos modos de reinar diferentes: el de Herodes, cruel e inhumano (vv. 16-18), y el de Jesús, lleno de mansedumbre (21,5). El relato, con la profecía de Miqueas (v. 6) y su cumplimiento en el Niño nacido en Belén, mostrará que el verdadero rey es Jesús.

«Vimos su estrella en Oriente» (v. 2). Los intentos de identificar la estrella como un cometa o como una conjunción de astros no han dado resultados satisfactorios. Según ideas difundidas en la época, el nacimiento de los personajes importantes estaba relacionado con ciertos movimientos de los astros. Dios pudo valerse de esas nociones para conducirlos hasta Jesucristo. En esa perspectiva, el sentido del pasaje es claro: los magos comienzan su itinerario desde la revelación de Dios en la naturaleza, la estrella, pero tienen que pasar por la revelación en las Escrituras de Israel (v. 5) para encontrar al verdadero Dios: «Nace Cristo Dios, hecho hombre mediante la incorporación de una carne dotada de alma inteligente; el mismo que había otorgado a las cosas proceder de la nada. Mientras tanto, brilla en lo alto la estrella del Oriente y conduce a los Magos al lugar en que yace la Palabra encarnada; con lo que muestra que hay en la Ley y los Profetas una palabra místicamente superior, que dirige a las gentes a la suprema luz del conocimiento. Así pues, la palabra de la Ley y de los Profetas, entendida alegóricamente, conduce, como una estrella, al pleno conocimiento de Dios a aquellos que fueron llamados por la fuerza de la gracia, de acuerdo con el designio divino» (S. Máximo el Confesor, *Centuria* 1,9).

Los dones señalados en el v. 11 recuerdan la promesa de Dios a Israel (Is 60,1-6) de ser centro y destino de los reyes de la tierra: los augurios de felicidad del texto de Isaías se evocan incluso en los superlativos del v. 10. Los dones ofrecidos eran muy preciados en Oriente y tenían también su significación. San Hilario de Poitiers (*Commentarius in Mattheum* 1,5) ve en ellos una confesión del ser de Jesús: recibe el oro como rey, el incienso como Dios, y la mirra como hombre.

SAN AGUSTÍN (www.iveargentina.org)

La Manifestación del Señor

1. Hace pocos días celebramos la fecha en que el Señor nació de los judíos; hoy celebramos aquella en que fue adorado por los gentiles. *La salvación, en efecto, viene de los judíos; pero esta salvación llega hasta los confines de la tierra*, pues en aquel día lo adoraron los pastores y hoy los magos. A aquéllos se lo anunciaron los ángeles, a éstos una estrella. Unos y otros lo aprendieron del cielo cuando vieron en la tierra al rey del cielo para que fuese realidad la *gloria a Dios en las alturas, y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad. Él es, en efecto, nuestra paz, quien hizo de los dos uno*. Por eso este niño nacido y anunciado se muestra como piedra angular; ya desde su mismo nacimiento se manifestó como tal. Ya entonces comenzó a unir en sí mismo a dos paredes que traían distinta dirección, guiando a los pastores de Judea y a los magos de Oriente *para hacer en sí mismo, de los dos, un solo hombre nuevo, estableciendo la paz; paz a los de lejos y paz a los de cerca*. De

aquí que unos, acercándose desde la vecindad aquel mismo día, y otros, llegando desde la lejanía en la fecha de hoy, han marcado para la posteridad estos dos días festivos; pero unos y otros vieron la única luz del mundo.

2. Pero hoy hemos de hablar de aquellos a quienes la fe condujo a Cristo desde tierras lejanas. Llegaron y preguntaron por él, diciendo: *¿Dónde está el rey de los judíos que ha nacido? Hemos visto su estrella en el oriente y venimos a adorarlo.* Anuncian y preguntan, creen y buscan, como simbolizando a quienes caminan en la fe y desean la realidad. ¿No habían nacido ya anteriormente en Judea otros reyes de los judíos? ¿Qué significa el que éste sea reconocido por unos extranjeros en el cielo y sea buscado en la tierra, que brille en lo alto y esté oculto en lo humilde? Los magos ven la estrella en oriente y comprenden que ha nacido un rey en Judea. ¿Quién es este rey tan pequeño y tan grande, que aún no habla en la tierra y ya publica sus decretos en el cielo? Sin embargo, pensando en nosotros, que deseaba que le conociésemos por sus escrituras santas, quiso que también los magos, a quienes había dado tan inequívoca señal en el cielo y a cuyos corazones había revelado su nacimiento en Judea, creyesen lo que sus profetas habían hablado de él. Buscando la ciudad en que había nacido el que deseaban ver y adorar, se vieron precisados a preguntar a los príncipes de los sacerdotes; de esta manera, con el testimonio de la Escritura, que llevaban en la boca, pero no en el corazón, los judíos, aunque infieles, dieron respuesta a los creyentes respecto a la gracia de la fe. Aunque mentirosos por sí mismos, dijeron la verdad en contra suya. ¿Era mucho pedir que acompañasen a quienes buscaban a Cristo cuando les oyeron decir que, tras haber visto la estrella, venían ansiosos a adorarlo? ¿Era mucho el que ellos, que les habían dado las indicaciones de acuerdo con los libros sagrados, los condujesen a Belén de Judá, y juntos vieses, comprendiesen y lo adorasen? Después de haber mostrado a otros la fuente de la vida, ellos mismos murieron de sed. Se convirtieron en piedras miliarias: indicaron algo a los viajeros, pero ellos se quedaron inmóviles y sin sentido. Los magos buscaban con el deseo de hallar; Herodes para perder; los judíos leían en qué ciudad había de nacer, pero no advertían el tiempo de su llegada. Entre el piadoso amor de los magos y el cruel temor de Herodes, ellos se esfumaron después de haberles indicado a Belén. A Cristo, que allí había nacido, al que no buscaron entonces, pero al que vieron después, habían de negarlo, como habían de darle muerte; no entonces, cuando aún no hablaba, sino después, cuando predicaba. Más dicha aportó, pues, la ignorancia de aquellos niños a quienes Herodes, aterrado, persiguió que la ciencia de aquellos que él mismo, asustado, consultó. Los niños pudieron sufrir por Cristo, a quien aún no podían confesar; los judíos pudieron conocer la ciudad en que nacía, pero no siguieron la verdad del que enseñaba.

3. La misma estrella llevó a los magos al lugar preciso en que se hallaba, niño sin habla, el Dios Palabra. Averguéncese ya la necedad sacrílega y –valga la expresión– cierta indocta doctrina que juzga que Cristo nació bajo el influjo de los astros, porque está escrito en el evangelio que, cuando él nació, los magos vieron en oriente su estrella. Cosa que no sería cierta ni aun en el caso de que los hombres naciesen bajo tal influjo, puesto que ellos no nacen, como el Hijo de Dios, por propia voluntad, sino en la condición propia de la naturaleza mortal. Ahora, no obstante, dista tanto de la verdad el decir que Cristo nació bajo el hado de los astros, que quien tiene la recta fe en Cristo ni siquiera cree que hombre alguno nació de esa manera. Expresen los hombres vanos sus insensatas opiniones acerca del nacimiento de los hombres, nieguen la voluntad para pecar libremente, finjan la necesidad que defienda sus pecados; intenten colocar también en el cielo las perversas costumbres que los hacen detestables a todos los hombres de la tierra y mientan haciéndolas derivar de los astros; pero mire cada uno de ellos con qué poder gobierna no ya su vida, sino su familia; pues, si así piensan, no les está permitido azotar a sus siervos cuando pecan en su casa sin antes obligarse a blasfemar contra sus dioses, que irradian la luz desde el cielo. Más por lo que respecta a Cristo, ni

siquiera conformándose a sus vanas conjeturas y a sus libros, a los que llamaré no fatídicos, sino falsos, pueden pensar que nació bajo la ley de los astros por el hecho de que, cuando él nació, los magos vieron una estrella en oriente. Aquí Cristo aparece más bien como señor que como sometido a ella, pues la estrella no mantuvo en el cielo su ruta sideral, sino que mostró el camino hasta el lugar en que había nacido a los hombres que buscaban a Cristo.

En consecuencia, no fue ella la que de forma maravillosa hizo que Cristo viviera, sino que fue Cristo quien la hizo aparecer de forma extraordinaria. Tampoco fue ella la que decretó las acciones maravillosas de Cristo, sino que Cristo la mostró entre sus obras maravillosas. El, nacido de madre, desde el cielo mostró a la tierra un nuevo astro; él que, nacido del Padre, hizo el cielo y la tierra. Cuando él nació apareció con la estrella una luz nueva; cuando él murió se veló con el sol la luz antigua. Cuando él nació, los habitantes del cielo brillaron con un nuevo honor; cuando él murió, los habitantes del infierno se estremecieron con un nuevo temor. Cuando él resucitó, los discípulos ardieron de un nuevo amor, y cuando él ascendió, los cielos se abrieron con nueva sumisión. Celebremos, pues, con devota solemnidad también este día, en el que los magos, procedentes de la gentilidad, adoraron a Cristo una vez conocido, como ya celebramos aquel día en que los pastores de Judea vieron a Cristo una vez nacido. El mismo Señor y Dios nuestro eligió a los apóstoles de entre los judíos como pastores para congregar, por medio de ellos, a los pecadores que iban a ser salvados de entre los gentiles.

(Sermón 199, 1-3, O.C. (4), BAC, Madrid, 1982, pp. 75-80)

FRANCISCO – Homilias 2014 -2016

2014

Buscar la Luz y proteger la fe

«*Lumen requirunt lumine*». Esta sugerente expresión de un himno litúrgico de la Epifanía se refiere a la experiencia de los Magos: siguiendo *una* luz, buscan *la* Luz. La estrella que aparece en el cielo enciende en su mente y en su corazón una luz que los lleva a buscar la gran Luz de Cristo. Los Magos siguen fielmente aquella luz que los ilumina interiormente y encuentran al Señor.

En este recorrido que hacen los Magos de Oriente está simbolizado el destino de todo hombre: nuestra vida es un camino, iluminados por luces que nos permiten entrever el sendero, hasta encontrar la plenitud de la verdad y del amor, que nosotros cristianos reconocemos en Jesús, Luz del mundo. Y todo hombre, como los Magos, tiene a disposición dos grandes “libros” de los que sacar los signos para orientarse en su peregrinación: el libro de la creación y el libro de las Sagradas Escrituras. Lo importante es estar atentos, vigilantes, escuchar a Dios que nos habla, siempre nos habla. Como dice el Salmo, refiriéndose a la Ley del Señor: «Lámpara es tu palabra para mis pasos, / luz en mi sendero» (*Sal* 119,105). Sobre todo, escuchar el Evangelio, leerlo, meditarlo y convertirlo en alimento espiritual nos permite encontrar a Jesús vivo, hacer experiencia de Él y de su amor.

En la primera Lectura resuena, por boca del profeta Isaías, el llamado de Dios a Jerusalén: «¡Levántate, brilla!» (60,1). Jerusalén está llamada a ser la ciudad de la luz, que refleja en el mundo la luz de Dios y ayuda a los hombres a seguir sus caminos. Ésta es la vocación y la misión del Pueblo de Dios en el mundo. Pero Jerusalén puede desatender esta llamada del Señor. Nos dice el Evangelio que los Magos, cuando llegaron a Jerusalén, de momento perdieron de vista la estrella. No la veían. En especial, su luz falta en el palacio del rey Herodes: aquella mansión es tenebrosa, en ella reinan la oscuridad, la desconfianza, el miedo, la envidia. De hecho, Herodes se muestra receloso e inquieto

por el nacimiento de un frágil Niño, al que ve como un rival. En realidad, Jesús no ha venido a derrocarlo a él, ridículo fanteche, sino al Príncipe de este mundo. Sin embargo, el rey y sus consejeros sienten que el entramado de su poder se resquebraja, temen que cambien las reglas de juego, que las apariencias queden desenmascaradas. Todo un mundo edificado sobre el poder, el prestigio, el tener, la corrupción, entra en crisis por un Niño. Y Herodes llega incluso a matar a los niños: «Tú matas el cuerpo de los niños, porque el temor te ha matado a ti el corazón» –escribe san Quodvultdeus (*Sermón 2 sobre el Símbolo: PL 40, 655*). Es así: tenía temor, y por este temor pierde el juicio.

Los Magos consiguieron superar aquel momento crítico de oscuridad en el palacio de Herodes, porque creyeron en las Escrituras, en la palabra de los profetas que señalaba Belén como el lugar donde había de nacer el Mesías. Así escaparon al letargo de la noche del mundo, reemprendieron su camino y de pronto vieron nuevamente la estrella, y el Evangelio dice que se llenaron de «inmensa alegría» (*Mt 2,10*). Esa estrella que no se veía en la oscuridad de la mundanidad de aquel palacio.

Un aspecto de la luz que nos guía en el camino de la fe es también la santa “astucia”. Es también una virtud, la santa “astucia”. Se trata de esa sagacidad espiritual que nos permite reconocer los peligros y evitarlos. Los Magos supieron usar esta luz de “astucia” cuando, de regreso a su tierra, decidieron no pasar por el palacio tenebroso de Herodes, sino marchar por otro camino. Estos sabios venidos de Oriente nos enseñan a no caer en las asechanzas de las tinieblas y a defendernos de la oscuridad que pretende cubrir nuestra vida. Ellos, con esta santa “astucia”, han protegido la fe. Y también nosotros debemos proteger la fe. Protegerla de esa oscuridad. Esa oscuridad que a menudo se disfraza incluso de luz. Porque el demonio, dice san Pablo, muchas veces se viste de ángel de luz. Y entonces es necesaria la santa “astucia”, para proteger la fe, protegerla de los cantos de las sirenas, que te dicen: «Mira, hoy debemos hacer esto, aquello...» Pero la fe es una gracia, es un don. Y a nosotros nos corresponde protegerla con la santa “astucia”, con la oración, con el amor, con la caridad. Es necesario acoger en nuestro corazón la luz de Dios y, al mismo tiempo, practicar aquella astucia espiritual que sabe armonizar la sencillez con la sagacidad, como Jesús pide a sus discípulos: «Sean sagaces como serpientes y simples como palomas» (*Mt 10,16*).

En esta fiesta de la Epifanía, que nos recuerda la manifestación de Jesús a la humanidad en el rostro de un Niño, sintamos cerca a los Magos, como sabios compañeros de camino. Su ejemplo nos anima a levantar los ojos a la estrella y a seguir los grandes deseos de nuestro corazón. Nos enseñan a no contentarnos con una vida mediocre, de “poco calado”, sino a dejarnos fascinar siempre por la bondad, la verdad, la belleza... por Dios, que es todo eso en modo siempre mayor. Y nos enseñan a no dejarnos engañar por las apariencias, por aquello que para el mundo es grande, sabio, poderoso. No nos podemos quedar ahí. Es necesario proteger la fe. Es muy importante en este tiempo: proteger la fe. Tenemos que ir más allá, más allá de la oscuridad, más allá de la atracción de las sirenas, más allá de la mundanidad, más allá de tantas modernidades que existen hoy, ir hacia Belén, allí donde en la sencillez de una casa de la periferia, entre una mamá y un papá llenos de amor y de fe, resplandece el Sol que nace de lo alto, el Rey del universo. A ejemplo de los Magos, con nuestras pequeñas luces busquemos la Luz y protejamos la fe. Así sea.

2015

Conocer siempre de nuevo el misterio de Dios

Ese Niño, nacido de la Virgen María en Belén, vino no sólo para el pueblo de Israel, representado en los pastores de Belén, sino también para toda la humanidad, representada hoy por los Magos de Oriente. Y precisamente hoy, la Iglesia nos invita a meditar y rezar sobre los Magos y su camino en busca del Mesías.

Estos Magos que vienen de Oriente son los primeros de esa gran procesión de la que habla el profeta Isaías en la primera lectura (cf. 60, 1-6). Una procesión que desde entonces no se ha interrumpido jamás, y que en todas las épocas reconoce el mensaje de la estrella y encuentra el Niño que nos muestra la ternura de Dios. Siempre hay nuevas personas que son iluminadas por la luz de la estrella, que encuentran el camino y llegan hasta él.

Según la tradición, los Magos eran hombres sabios, estudiosos de los astros, escrutadores del cielo, en un contexto cultural y de creencias que atribuía a las estrellas un significado y un influjo sobre las vicisitudes humanas. Los Magos representan a los hombres y a las mujeres en busca de Dios en las religiones y filosofías del mundo entero, una búsqueda que no acaba nunca. Hombres y mujeres en búsqueda.

Los Magos nos indican el camino que debemos recorrer en nuestra vida. Ellos buscaban la Luz verdadera: “Lumen requirunt lumine”, dice un himno litúrgico de la Epifanía, refiriéndose precisamente a la experiencia de los Magos; “Lumen requirunt lumine”. Siguiendo una luz ellos buscan la luz. Iban en busca de Dios. Cuando vieron el signo de la estrella, lo interpretaron y se pusieron en camino, hicieron un largo viaje.

El Espíritu Santo es el que los llamó e impulsó a ponerse en camino, y en este camino tendrá lugar también su encuentro personal con el Dios verdadero.

En su camino, los Magos encuentran muchas dificultades. Cuando llegan a Jerusalén van al palacio del rey, porque consideran algo natural que el nuevo rey nazca en el palacio real. Allí pierden de vista la estrella. Cuántas veces se pierde de vista la estrella. Y encuentran una tentación, puesta ahí por el diablo, es el engaño de Herodes. El rey Herodes muestra interés por el niño, pero no para adorarlo, sino para eliminarlo. Herodes es un hombre de poder, que sólo consigue ver en el otro a un rival. Y en el fondo, también considera a Dios como un rival, más aún, como el rival más peligroso. En el palacio los Magos atraviesan un momento de oscuridad, de desolación, que consiguen superar gracias a la moción del Espíritu Santo, que les habla mediante las profecías de la Sagrada Escritura. Éstas indican que el Mesías nacerá en Belén, la ciudad de David.

En este momento, retoman el camino y vuelven a ver la estrella. El evangelista apunta que experimentaron una “inmensa alegría” (Mt 2, 10), una verdadera consolación. Llegados a Belén, encontraron “al niño con María, su madre” (Mt 2, 11). Después de lo ocurrido en Jerusalén, ésta será para ellos la segunda gran tentación: rechazar esta pequeñez. Y sin embargo: “cayendo de rodillas lo adoraron”, ofreciéndole sus dones preciosos y simbólicos. La gracia del Espíritu Santo es la que siempre los ayuda. Esta gracia que, mediante la estrella, los había llamado y guiado por el camino, ahora los introduce en el misterio. Esta estrella que les ha acompañado durante el camino los introduce en el misterio. Guiados por el Espíritu, reconocen que los criterios de Dios son muy distintos a los de los hombres, que Dios no se manifiesta en la potencia de este mundo, sino que nos habla en la humildad de su amor. El amor de Dios es grande, sí. El amor de Dios es potente, sí. Pero el amor de Dios es humilde, muy humilde. De ese modo, los Magos son modelos de conversión a la verdadera fe porque han dado más crédito a la bondad de Dios que al aparente esplendor del poder.

Y ahora nos preguntamos: ¿Cuál es el misterio en el que Dios se esconde? ¿Dónde puedo encontrarlo? Vemos a nuestro alrededor guerras, explotación de los niños, torturas, tráfico de armas,

trata de personas... Jesús está en todas estas realidades, en todos estos hermanos y hermanas más pequeños que sufren tales situaciones (cf. Mt 25, 40.45). El pesebre nos presenta un camino distinto al que anhela la mentalidad mundana. Es el camino del anonadamiento de Dios, de esa humildad del amor de Dios que se abaja, se anonada, de su gloria escondida en el pesebre de Belén, en la cruz del Calvario, en el hermano y en la hermana que sufren.

Los Magos han entrado en el misterio. Han pasado de los cálculos humanos al misterio, y éste es el camino de su conversión. ¿Y la nuestra? Pidamos al Señor que nos conceda vivir el mismo camino de conversión que vivieron los Magos. Que nos defienda y nos libre de las tentaciones que oscurecen la estrella. Que tengamos siempre la inquietud de preguntarnos, ¿dónde está la estrella?, cuando, en medio de los engaños mundanos, la hayamos perdido de vista. Que aprendamos a conocer siempre de nuevo el misterio de Dios, que no nos escandalicemos de la “señal”, de la indicación, de aquella señal anunciada por los ángeles: “un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre” (Lc 2, 12), y que tengamos la humildad de pedir a la Madre, a nuestra Madre, que nos lo muestre. Que encontremos el valor de liberarnos de nuestras ilusiones, de nuestras presunciones, de nuestras “luces”, y que busquemos este valor en la humildad de la fe y así encontremos la Luz, Lumen, como han hecho los santos Magos. Que podamos entrar en el misterio. Que así sea.

2016

Hacer emerger el deseo de Dios que cada uno lleva en sí.

Las palabras que el profeta Isaías dirige a la ciudad santa de Jerusalén nos invitan a levantarnos, a salir; a salir de nuestras clausuras, a salir de nosotros mismos, y a reconocer el esplendor de la luz que ilumina nuestras vidas: «¡Levántate y resplandece, porque llega tu luz; la gloria del Señor amanece sobre ti!» (60,1). «Tu luz» es la gloria del Señor. La Iglesia no puede pretender brillar con luz propia, no puede. San Ambrosio nos lo recuerda con una hermosa expresión, aplicando a la Iglesia la imagen de la luna: «La Iglesia es verdaderamente como la luna: [...] no brilla con luz propia, sino con la luz de Cristo. Recibe su esplendor del Sol de justicia, para poder decir luego: “Vivo, pero no soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí”» (*Hexameron*, IV, 8, 32). Cristo es la luz verdadera que brilla; y, en la medida en que la Iglesia está unida a él, en la medida en que se deja iluminar por él, ilumina también la vida de las personas y de los pueblos. Por eso, los santos Padres veían a la Iglesia como el «*mysterium lunae*».

Necesitamos de esta luz que viene de lo alto para responder con coherencia a la vocación que hemos recibido. Anunciar el Evangelio de Cristo no es una opción más entre otras posibles, ni tampoco una profesión. Para la Iglesia, ser misionera no significa hacer proselitismo; para la Iglesia, ser misionera equivale a manifestar su propia naturaleza: dejarse iluminar por Dios y reflejar su luz. Este es su servicio. No hay otro camino. La misión es su vocación: hacer resplandecer la luz de Cristo es su servicio. Muchas personas esperan de nosotros este compromiso misionero, porque necesitan a Cristo, necesitan conocer el rostro del Padre.

Los Magos, que aparecen en el Evangelio de Mateo, son una prueba viva de que las semillas de verdad están presentes en todas partes, porque son un don del Creador que llama a todos para que lo reconozcan como Padre bueno y fiel. Los Magos representan a los hombres de cualquier parte del mundo que son acogidos en la casa de Dios. Delante de Jesús ya no hay distinción de raza, lengua y cultura: en ese Niño, toda la humanidad encuentra su unidad. Y la Iglesia tiene la tarea de que se reconozca y venga a la luz con más claridad el deseo de Dios que anida en cada uno. Este es el servicio de la Iglesia, con la luz que ella refleja: hacer emerger el deseo de Dios que cada uno lleva

en sí. Como los Magos, también hoy muchas personas viven con el «corazón inquieto», haciéndose preguntas que no encuentran respuestas seguras, es la inquietud del Espíritu Santo que se mueve en los corazones. También ellos están en busca de la estrella que muestre el camino hacia Belén.

¡Cuántas estrellas hay en el cielo! Y, sin embargo, los Magos han seguido una distinta, nueva, mucho más brillante para ellos. Durante mucho tiempo, habían escrutado el gran libro del cielo buscando una respuesta a sus preguntas –tenían el corazón inquieto– y, al final, la luz apareció. Aquella estrella los cambió. Les hizo olvidar los intereses cotidianos, y se pusieron de prisa en camino. Prestaron atención a la voz que dentro de ellos los empujaba a seguir aquella luz –y la voz del Espíritu Santo, que obra en todas las personas–; y ella los guió hasta que en una pobre casa de Belén encontraron al Rey de los Judíos.

Todo esto encierra una enseñanza para nosotros. Hoy será bueno que nos repitamos la pregunta de los Magos: «¿Dónde está el Rey de los judíos que ha nacido? Porque hemos visto salir su estrella y venimos a adorarlo» (Mt 2,2). Nos sentimos urgidos, sobre todo en un momento como el actual, a escrutar los signos que Dios nos ofrece, sabiendo que debemos esforzarnos para descifrarlos y comprender así su voluntad. Estamos llamados a ir a Belén para encontrar al Niño y a su Madre. Sigamos la luz que Dios nos da –pequeña...; el himno del breviario poéticamente nos dice que los Magos *«lumen requirunt lumine»*: aquella pequeña luz–, la luz que proviene del rostro de Cristo, lleno de misericordia y fidelidad. Y, una vez que estemos ante él, adorémoslo con todo el corazón, y ofrezcámosle nuestros dones: nuestra libertad, nuestra inteligencia, nuestro amor. La verdadera sabiduría se esconde en el rostro de este Niño. Y es aquí, en la sencillez de Belén, donde encuentra su síntesis la vida de la Iglesia. Aquí está la fuente de esa luz que atrae a sí a todas las personas en el mundo y guía a los pueblos por el camino de la paz.

BENEDICTO XVI – [Todas sus homilías en archivo aparte](#)

DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos

124. La triple dimensión de la Epifanía (la visita de los Magos, el Bautismo de Cristo y el milagro de Caná) es particularmente evidente en la Liturgia de las Horas de la Epifanía, así como en los días próximos a la misma. En la tradición latina, además, la Liturgia Eucarística se concentra en el evangelio de los Magos. En la semana posterior, la fiesta del Bautismo del Señor enfoca esta dimensión de la Epifanía del Señor. En el Año C, el domingo siguiente al del Bautismo presenta como evangelio la Narración de las Bodas de Caná.

125. Las tres lecturas de la Misa de la Epifanía representan otros tres géneros diversos de lecturas bíblicas. La primera lectura, tomada del profeta Isaías, es una poesía de gozo. La segunda, de la carta de san Pablo a los Efesios, es una precisa afirmación teológica pronunciada en el lenguaje más que técnico de Pablo. El Evangelio es una dramática narración de los acontecimientos, en los que cada detalle está lleno de significado simbólico. Todos juntos desvelan la Fiesta y la definen como Epifanía. Al escuchar su proclamación y, con la ayuda del Espíritu, su más profunda comprensión da lugar a la celebración de la Epifanía. La Palabra de Dios revela al mundo entero el significado fundamental del Nacimiento de Jesucristo. La Navidad, iniciada el 25 de diciembre, alcanza ahora su ápice en el día de la Epifanía: Cristo es revelado a todas las gentes.

126. El homileta podría comenzar con el pasaje de san Pablo, bastante breve, pero de extrema intensidad, que ofrece una precisa declaración de qué es la Epifanía. Pablo nos narra su singular encuentro con Jesús resucitado camino de Damasco, de donde proviene todo. Explica todo lo que le ha sucedido como una «revelación», es decir, una comprensión de los acontecimientos, nueva e inesperada, transmitida con la autoridad divina en el encuentro con el Señor Jesús, y no, por tanto, una simple opinión personal. San Pablo llama también a esta revelación «gracia» y «misión», un tesoro que le ha sido confiado para el bien de los demás. Además, define lo que le ha sido comunicado como “el Misterio”. Este “Misterio” es algo desconocido en el pasado, velado a nuestra comprensión, de alguna manera escondido en los acontecimientos, pero ahora – ¡y es este, justamente, el anuncio de Pablo! – viene ahora revelado, ahora se da a conocer. ¿En qué consiste el significado escondido a las generaciones pasadas y ahora revelado? Es esta, pues, la afirmación de la Epifanía: «que también los gentiles son coherederos [con los judíos] miembros del mismo cuerpo y partícipes de la promesa en Jesucristo, por el Espíritu». Esto es un enorme cambio en el mundo del pensamiento del celoso fariseo Saulo, un tiempo convencido que la escrupulosa observancia de la Ley judía era el único camino de Salvación. Pero ahora Pablo anuncia el «Evangelio», inesperada Buena Noticia en Cristo Jesús. Sí, Jesús es el cumplimiento de todas las promesas de Dios al pueblo judío; sin esto no se le puede comprender. Ahora, por el contrario, «también los gentiles son coherederos [con los judíos] miembros del mismo cuerpo y partícipes de la Promesa en Jesucristo, por el Espíritu».

127. De hecho, los acontecimientos referidos en la narración de Mateo, que ha sido elegida para la Epifanía, son la realización de lo que Pablo ha dicho en su carta. Guiados por una estrella llegan a Jerusalén los Magos, sabios religiosos gentiles, estudiosos de notables tradiciones sapienciales en las que la humanidad entera busca, con un gran deseo, al desconocido Creador y Señor de todas las cosas. Representan todas las naciones y no han encontrado su camino hacia Jerusalén siguiendo las escrituras judías sino un signo maravilloso en el cielo que les ha señalado un acontecimiento de dimensiones cósmicas. Su sabiduría no-judía ha permitido a los Magos comprender tantas cosas. «Porque hemos visto salir su estrella y venimos a adorarlo». En la última fase de su viaje, para llegar a la conclusión precisa de sus investigaciones, necesitan de las escrituras judías, y la identificación profética de Belén como el lugar del Nacimiento del Mesías. Una vez que han tomado esto de las escrituras judías, el signo cósmico les indica de nuevo el camino. «De pronto la estrella que habían visto salir comenzó a guiarlos hasta que vino a pararse encima de donde estaba el Niño». En los Magos llega hasta Belén el deseo de Dios de toda la humanidad, encontrando allí «al Niño con María, su madre».

128. En este punto de la narración de Mateo cuando puede ser introducida, a modo de comentario, la poesía de Isaías. Los tonos de gozo ayudan a entender la maravilla de este momento. «¡Levántate, brilla, Jerusalén!» exhorta el profeta, «que llega tu luz; la gloria del Señor amanece sobre ti». La redacción originaria de este texto se coloca en una circunstancia histórica bien precisa: el pueblo de Israel tiene necesidad de levantarse de un oscuro capítulo de su historia. Pero ahora, aplicado a los Magos delante de Jesús, alcanza un cumplimiento mucho más allá de lo imaginable. La luz, la gloria y el esplendor: la estrella que guía a los Magos. O, más bien, el mismo Jesús es «la luz de todos los hombres y la gloria de su pueblo Israel». «Levántate, Jerusalén» dice el profeta. Sí, pero ahora sabemos, por medio de la revelación de san Pablo, que si la exhortación está dirigida a Jerusalén (principio que se puede aplicar a cualquier parte de las Escrituras), la referencia no se puede aplicar simplemente a la ciudad histórica y terrenal. «Que también los gentiles son coherederos, miembros del mismo cuerpo y partícipes de la promesa [con los judíos] en Jesucristo, por el Evangelio». Y de este modo, bajo el título «Jerusalén» la exhortación va dirigida a todas las

gentes. La Iglesia, reunida de todas las naciones es llamada, «Jerusalén». Todas las almas bautizadas, en su interior, son llamadas, «Jerusalén». Se cumple, de este modo, lo que ha sido profetizado en los Salmos: «¡Qué pregón tan glorioso para ti, ciudad de Dios!» y «todas mis fuentes están en ti» (Sal 87, 3,7).

129. Y así en Epifanía las tocantes palabras del profeta se dirigen a todas las asambleas de cristianos creyentes. «¡Que llega tu luz, Jerusalén!». Cada uno de los fieles, con la ayuda del homileta, ¡deberá escuchar estas palabras en lo profundo de su corazón! “Mira: las tinieblas cubren la tierra, la oscuridad los pueblos, pero sobre ti amanecerá el Señor, su gloria aparecerá sobre ti”. El homileta tiene la función de exhortar a los fieles para dejar atrás los modos indolentes y las visiones poco abiertas a la esperanza. «Levanta la vista entorno, mira: todos esos se han reunido, vienen a ti». Es decir, a los cristianos se les ha dado todo lo que el mundo entero busca. Una gran multitud de gentes llegará a la gracia en la que nosotros ya nos encontramos. Justamente proclamamos en el salmo responsorial: «Se postrarán ante ti, Señor, todos los reyes de la tierra».

130. Nuestra reflexión podría ir de la poesía de Isaías a la narración de Mateo. Los Magos nos sirven de ejemplo en el modo de acercarnos al Niño. “Vieron al niño con María, su madre, y cayendo de rodillas lo adoraron”. Hemos entrado en la Sagrada Liturgia para hacer lo mismo. El homileta haría bien recordando a los fieles que, al acercarse a la comunión en el día de la Epifanía, tendrían que pensar que ellos mismos han llegado al lugar, y que están delante de la persona hacia la que la estrella y las Escrituras les han conducido. Y por tanto, que ofrezcan a Jesús el oro de su amor, el uno por el otro, el incienso de su fe, con el que lo reconocen como el Dios-con-nosotros, y la mirra, que expresa su voluntad de morir al pecado y ser sepultados con Él para resucitar a la vida eterna. E incluso, como los Magos, sentirnos exhortados a volver a casa siguiendo otro camino. Que puedan olvidarse de Herodes, malvado impostor, y de todo lo que les ha pedido que hicieran. ¡En esta Fiesta han visto al Señor! “¡Levántate, brilla, Jerusalén, que llega tu luz; la gloria del Señor amanece sobre ti!”. El homileta podría aún animarlos, como hizo san León hace tantos siglos, a que imiten la función de la estrella. Como la estrella, gracias a su fulgor, llevó a los gentiles a Cristo, del mismo modo, esta asamblea, con el esplendor de la fe, de la alabanza y de las buenas obras, debe resplandecer en este mundo de tinieblas como un astro luminoso. «Las tinieblas cubren la tierra, la oscuridad los pueblos, pero sobre ti amanecerá el Señor».

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

La Epifanía del Señor

528 La Epifanía es la manifestación de Jesús como Mesías de Israel, Hijo de Dios y Salvador del mundo. Con el bautismo de Jesús en el Jordán y las bodas de Caná (cf. LH Antífona del *Magnificat* de las segundas vísperas de Epifanía), la Epifanía celebra la adoración de Jesús por unos “magos” venidos de Oriente (Mt 2, 1) En estos “magos”, representantes de religiones paganas de pueblos vecinos, el Evangelio ve las primicias de las naciones que acogen, por la Encarnación, la Buena Nueva de la salvación. La llegada de los magos a Jerusalén para “rendir homenaje al rey de los Judíos” (Mt 2, 2) muestra que buscan en Israel, a la luz mesiánica de la estrella de David (cf. Nm 24, 17; Ap 22, 16) al que será el rey de las naciones (cf. Nm 24, 17-19). Su venida significa que los gentiles no pueden descubrir a Jesús y adorarlo como Hijo de Dios y Salvador del mundo sino volviéndose hacia los judíos (cf. Jn 4, 22) y recibiendo de ellos su promesa mesiánica tal como está contenida en el Antiguo Testamento (cf. Mt 2, 4-6). La Epifanía manifiesta que “la multitud de los gentiles entra en la familia de los patriarcas” (S. León Magno, serm.23) y adquiere la “israelitica dignitas” (MR, Vigilia pascual 26: oración después de la tercera lectura).

724 En María, el Espíritu Santo manifiesta al Hijo del Padre hecho Hijo de la Virgen. Ella es la zarza ardiente de la teofanía definitiva: llena del Espíritu Santo, presenta al Verbo en la humildad de su carne dándolo a conocer a los pobres (cf. Lc 2, 15-19) y a las primicias de las naciones (cf. Mt 2, 11).

Cristo, luz de las naciones

280 La creación es el fundamento de “todos los designios salvíficos de Dios”, “el comienzo de la historia de la salvación” (DCG 51), que culmina en Cristo. Inversamente, el Misterio de Cristo es la luz decisiva sobre el Misterio de la creación; revela el fin en vista del cual, “al principio, Dios creó el cielo y la tierra” (Gn 1,1): desde el principio Dios preveía la gloria de la nueva creación en Cristo (cf. Rom 8,18-23).

529 La Presentación de Jesús en el templo (cf. Lc 2, 22-39) lo muestra como el Primogénito que pertenece al Señor (cf. Ex 13,2.12-13). Con Simeón y Ana toda la expectación de Israel es la que viene al Encuentro de su Salvador (la tradición bizantina llama así a este acontecimiento). Jesús es reconocido como el Mesías tan esperado, “luz de las naciones” y “gloria de Israel”, pero también “signo de contradicción”. La espada de dolor predicha a María anuncia otra oblación, perfecta y única, la de la Cruz que dará la salvación que Dios ha preparado “ante todos los pueblos”.

“CREO EN LA SANTA IGLESIA CATOLICA”

748 “Cristo es la luz de los pueblos. Por eso, este sacrosanto Sínodo, reunido en el Espíritu Santo, desea vehementemente iluminar a todos los hombres con la luz de Cristo, que resplandece sobre el rostro de la Iglesia, anunciando el evangelio a todas las criaturas”. Con estas palabras comienza la “Constitución dogmática sobre la Iglesia” del Concilio Vaticano II. Así, el Concilio muestra que el artículo de la fe sobre la Iglesia depende enteramente de los artículos que se refieren a Cristo Jesús. La Iglesia no tiene otra luz que la de Cristo; ella es, según una imagen predilecta de los Padres de la Iglesia, comparable a la luna cuya luz es reflejo del sol.

1165 Cuando la Iglesia celebra el Misterio de Cristo, hay una palabra que jalona su oración: ¡Hoy!, como eco de la oración que le enseñó su Señor (Mt 6,11) y de la llamada del Espíritu Santo (Hb 3,7-4,11; Sal 95,7). Este “hoy” del Dios vivo al que el hombre está llamado a entrar, es la “Hora” de la Pascua de Jesús que es eje de toda la historia humana y la guía:

La vida se ha extendido sobre todos los seres y todos están llenos de una amplia luz: el Oriente de los orientes invade el universo, y el que existía “antes del lucero de la mañana” y antes de todos los astros, inmortal e inmenso, el gran Cristo brilla sobre todos los seres más que el sol. Por eso, para nosotros que creemos en él, se inaugura un día de luz, largo, eterno, que no se extingue: la Pascua mística (S. Hipólito, pasc. 1-2).

2466 En Jesucristo la verdad de Dios se manifestó toda entera. “Lleno de gracia y de verdad” (Jn 1,14), él es la “luz del mundo” (Jn 8,12), la Verdad (cf Jn 14,6). El que cree en él, no permanece en las tinieblas (cf Jn 12,46). El discípulo de Jesús, “permanece en su palabra”, para conocer “la verdad que hace libre” (cf Jn 8,31-32) y que santifica (cf Jn 17,17). Seguir a Jesús es vivir del “Espíritu de verdad” (Jn 14,17) que el Padre envía en su nombre (cf Jn 14,26) y que conduce “a la verdad completa” (Jn 16,13). Jesús enseña a sus discípulos el amor incondicional de la Verdad: “Sea vuestro lenguaje: ‘sí, sí’; ‘no, no’” (Mt 5,37).

2715 La contemplación es mirada de fe, fijada en Jesús. “Yo le miro y él me mira”, decía, en tiempos de su santo cura, un campesino de Ars que oraba ante el Sagrario. Esta atención a Él es

renuncia a “mí”. Su mirada purifica el corazón. La luz de la mirada de Jesús ilumina los ojos de nuestro corazón; nos enseña a ver todo a la luz de su verdad y de su compasión por todos los hombres. La contemplación dirige también su mirada a los misterios de la vida de Cristo. Aprende así el “conocimiento interno del Señor” para más amarle y seguirle (cf San Ignacio de Loyola, ex. sp. 104).

La Iglesia, el sacramento de la unidad del género humano

60 El pueblo nacido de Abraham será el depositario de la promesa hecha a los patriarcas, el pueblo de la elección (cf. Rom 11,28), llamado a preparar la reunión un día de todos los hijos de Dios en la unidad de la Iglesia (cf. Jn 11,52; 10,16); ese pueblo será la raíz en la que serán injertados los paganos hechos creyentes (cf. Rom 11,17-18.24).

442 No ocurre así con Pedro cuando confiesa a Jesús como “el Cristo, el Hijo de Dios vivo” (Mt 16, 16) porque este le responde con solemnidad “no te ha revelado esto ni la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos” (Mt 16, 17). Paralelamente Pablo dirá a propósito de su conversión en el camino de Damasco: “Cuando Aquél que me separó desde el seno de mi madre y me llamó por su gracia, tuvo a bien revelar en mí a su Hijo para que le anunciase entre los gentiles...” (Ga 1,15-16). “Y en seguida se puso a predicar a Jesús en las sinagogas: que él era el Hijo de Dios” (Hch 9, 20). Este será, desde el principio (cf. 1 Ts 1, 10), el centro de la fe apostólica (cf. Jn 20, 31) profesada en primer lugar por Pedro como cimiento de la Iglesia (cf. Mt 16, 18).

674 La Venida del Mesías glorioso, en un momento determinado de la historia se vincula al reconocimiento del Mesías por “todo Israel” (Rm 11, 26; Mt 23, 39) del que “una parte está endurecida” (Rm 11, 25) en “la incredulidad” respecto a Jesús (Rm 11, 20). San Pedro dice a los judíos de Jerusalén después de Pentecostés: “Arrepentíos, pues, y convertíos para que vuestros pecados sean borrados, a fin de que del Señor venga el tiempo de la consolación y envíe al Cristo que os había sido destinado, a Jesús, a quien debe retener el cielo hasta el tiempo de la restauración universal, de que Dios habló por boca de sus profetas” (Hch 3, 19-21). Y San Pablo le hace eco: “si su reprobación ha sido la reconciliación del mundo ¿qué será su readmisión sino una resurrección de entre los muertos?” (Rm 11, 5). La entrada de “la plenitud de los judíos” (Rm 11, 12) en la salvación mesiánica, a continuación de “la plenitud de los gentiles (Rm 11, 25; cf. Lc 21, 24), hará al Pueblo de Dios “llegar a la plenitud de Cristo” (Ef 4, 13) en la cual “Dios será todo en nosotros” (1 Co 15, 28).

755 “La Iglesia es labranza o campo de Dios (1 Co 3, 9). En este campo crece el antiguo olivo cuya raíz santa fueron los patriarcas y en el que tuvo y tendrá lugar la reconciliación de los judíos y de los gentiles (Rm 11, 13-26). El labrador del cielo la plantó como viña selecta (Mt 21, 33-43 par.; cf. Is 5, 1-7). La verdadera vid es Cristo, que da vida y fecundidad a los sarmientos, es decir, a nosotros, que permanecemos en él por medio de la Iglesia y que sin él no podemos hacer nada (Jn 15, 1-5)”.

La Iglesia, manifestada por el Espíritu Santo

767 “Cuando el Hijo terminó la obra que el Padre le encargó realizar en la tierra, fue enviado el Espíritu Santo el día de Pentecostés para que santificara continuamente a la Iglesia” (LG 4). Es entonces cuando “la Iglesia se manifestó públicamente ante la multitud; se inició la difusión del evangelio entre los pueblos mediante la predicación” (AG 4). Como ella es “convocatoria” de salvación para todos los hombres, la Iglesia, por su misma naturaleza, misionera enviada por Cristo a todas las naciones para hacer de ellas discípulos suyos (cf. Mt 28, 19-20; AG 2,5-6).

La Iglesia, sacramento universal de la salvación

774 La palabra griega “mysterion” ha sido traducida en latín por dos términos: “mysterium” y “sacramentum”. En la interpretación posterior, el término “sacramentum” expresa mejor el signo visible de la realidad oculta de la salvación, indicada por el término “mysterium”. En este sentido, Cristo es El mismo el Misterio de la salvación: “Non est enim aliud Dei mysterium, nisi Christus” (“No hay otro misterio de Dios fuera de Cristo”) (San Agustín, ep. 187, 34). La obra salvífica de su humanidad santa y santificante es el sacramento de la salvación que se manifiesta y actúa en los sacramentos de la Iglesia (que las Iglesias de Oriente llaman también “los santos Misterios”). Los siete sacramentos son los signos y los instrumentos mediante los cuales el Espíritu Santo distribuye la gracia de Cristo, que es la Cabeza, en la Iglesia que es su Cuerpo. La Iglesia contiene por tanto y comunica la gracia invisible que ella significa. En este sentido analógico ella es llamada “sacramento”.

775 “La Iglesia es en Cristo como un sacramento o signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano” (LG 1): Ser el sacramento de la unión íntima de los hombres con Dios es el primer fin de la Iglesia. Como la comunión de los hombres radica en la unión con Dios, la Iglesia es también el sacramento de la unidad del género humano. Esta unidad ya está comenzada en ella porque reúne hombres “de toda nación, raza, pueblo y lengua” (Ap 7, 9); al mismo tiempo, la Iglesia es “signo e instrumento” de la plena realización de esta unidad que aún está por venir.

776 Como sacramento, la Iglesia es instrumento de Cristo. Ella es asumida por Cristo “como instrumento de redención universal” (LG 9), “sacramento universal de salvación” (LG 48), por medio del cual Cristo “manifiesta y realiza al mismo tiempo el misterio del amor de Dios al hombre” (GS 45, 1). Ella “es el proyecto visible del amor de Dios hacia la humanidad” (Pablo VI, discurso 22 junio 1973) que quiere “que todo el género humano forme un único Pueblo de Dios, se una en un único Cuerpo de Cristo, se coedifique en un único templo del Espíritu Santo” (AG 7; cf. LG 17).

LA IGLESIA, PUEBLO DE DIOS, CUERPO DE CRISTO, TEMPLO DEL ESPIRITU SANTO

I LA IGLESIA, PUEBLO DE DIOS

781 “En todo tiempo y lugar ha sido grato a Dios el que le teme y practica la justicia. Sin embargo, quiso santificar y salvar a los hombres no individualmente y aislados, sin conexión entre sí, sino hacer de ellos un pueblo para que le conociera de verdad y le sirviera con una vida santa. Eligió, pues, a Israel para pueblo suyo, hizo una alianza con él y lo fue educando poco a poco. Le fue revelando su persona y su plan a lo largo de su historia y lo fue santificando. Todo esto, sin embargo, sucedió como preparación y figura de su alianza nueva y perfecta que iba a realizar en Cristo..., es decir, el Nuevo Testamento en su sangre convocando a las gentes de entre los judíos y los gentiles para que se unieran, no según la carne, sino en el Espíritu” (LG 9).

831 [La Iglesia] es católica porque ha sido enviada por Cristo en misión a la totalidad del género humano (cf Mt 28, 19):

Todos los hombres están invitados al Pueblo de Dios. Por eso este pueblo, uno y único, ha de extenderse por todo el mundo a través de todos los siglos, para que así se cumpla el designio de Dios, que en el principio creó una única naturaleza humana y decidió reunir a sus hijos dispersos... Este carácter de universalidad, que distingue al pueblo de Dios, es un don del mismo Señor. Gracias a este carácter, la Iglesia Católica tiende siempre y eficazmente a reunir a la humanidad entera con todos sus valores bajo Cristo como Cabeza, en la unidad de su Espíritu (LG 13).

RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)

Por otro camino volvieron a su país

En un discurso al pueblo, pronunciado cuando la fiesta de la Epifanía hacía poco que había sido introducida en la liturgia, san Agustín ilustraba con claridad su contenido y su relación con la Navidad. Decía: «Hace muy pocos días hemos celebrado la Navidad del Señor, en este día estamos celebrando con no menor solemnidad su manifestación, con la que comenzó a darse a conocer a los paganos... Había nacido quien es la piedra angular, la paz entre los provenientes de la circuncisión y de la incircuncisión, para que se unieran todos en el que es nuestra paz y que ha hecho de los dos un solo pueblo. Todo esto ha sido prefigurado para los judíos con los pastores, para los paganos con los Magos... Los pastores judíos han sido conducidos ante él por el anuncio de un ángel, los magos paganos por la aparición de una estrella» (Sermón 201, 1; PL 381031).

Hoy, por lo tanto, celebramos la universalidad de la Iglesia, la llamada de los gentiles a la fe y la unidad profunda entre Israel y la Iglesia. La estrella, aparecida a los magos, era una «espléndida lengua del cielo» que narraba la gloria de Dios (cfr. Salmo 18,2). Su puesto ha sido tomado, a continuación, por el Evangelio, que todavía hoy continúa llamando hacia Cristo a los hombres de toda la tierra. Eso ha sido la estrella, que ha guiado a Cristo hacia nosotros, provenientes del mundo pagano.

Sigamos ahora de cerca el relato evangélico de la venida de los Magos a Belén, a fin de descubriros alguna indicación práctica para nuestra vida. Es bastante evidente que en este relato se mezcla el elemento histórico el elemento teológico y simbólico. En otras palabras, el evangelista no ha pretendido sólo referir unos «hechos», sino inculcar también cosas a «hacer», indicar modelos a seguir o a huir por parte de quien lee. Como toda la Biblia, también esta página está escrita «para nuestra enseñanza».

En el relato ante el anuncio del nacimiento de Jesús aparecen con claridad tres reacciones distintas: la de los Magos, la de Herodes y la de los sacerdotes. Comencemos con los modelos negativos a huir. Ante todo, Herodes. Él, apenas sabida la cosa, «se turba», convoca una sesión de los sacerdotes y de los doctores, pero no para conocer la verdad, sino más bien para urdir un engaño. Esta intención se manifiesta en su recomendación final de ir y volver después a referírselo. Su proyecto es el de transformar a los Magos de mensajeros en espías.

Herodes representa a la persona, que ya ha hecho su elección. Entre la voluntad de Dios y la suya, él claramente ha escogido la suya. Ni siquiera procede el pensar en un odio a Dios y cosas semejantes. Solamente él no ve más que su provecho y ha decidido romper cualquier cosa que amenace turbar este estado de cosas. Está animado por aquello que san Agustín llama «el amor de sí mismo, que según la ocasión puede llevar hasta el desprecio de Dios». Probablemente hasta piensa hacer su deber, defendiendo su realeza, su stirpe, el bien de la nación. Incluso, ordenar la muerte de los inocentes debía parecerle, como a tantos otros dictadores de la historia, una medida exigida por el bien público, moralmente justificada. Desde este punto de vista el mundo está lleno también hoy de «Herodes». Para ellos no hay «epifanía», manifestación de Dios, que baste. Están «cegados»; no ven porque no quieren ver. Sólo un milagro de la gracia (y por suerte existen) puede deshacer esta coraza de egoísmo.

No es ésta, probablemente, la situación que interesa a la mayoría de quienes hoy se acercan a la iglesia y escuchan el Evangelio. Pasemos por ello a la actitud de los sacerdotes. Consultados por

Herodes y por los Magos si sabían dónde habría de nacer el Mesías, los sumos sacerdotes y los escribas no tienen empacho en responder:

«En Belén de Judea, porque así lo ha escrito el profeta: “Y tú, Belén, tierra de Judea, no eres ni mucho menos la última de las ciudades de Judea, pues de ti saldrá un jefe que será el pastor de mi pueblo Israel”».

Ellos saben dónde ha nacido el Mesías; están en disposición de revelarlo también a los demás; pero, ellos no se mueven. No van de corridas a Belén, como se habría esperado de personas, que no esperaban otra cosa que la venida del Mesías, sino que permanecen cómodamente en sus casas, en la ciudad de Jerusalén. Ellos, decía Agustín en otro discurso para la Epifanía, se comportan como las piedras miliarias (hoy diríamos como las señales de las carreteras): indican el camino, pero no mueven ni un dedo (cfr. Sermón 199, 1, 2). Aquí vemos simbolizado una actitud divulgada entre nosotros. Sabemos bien qué comporta seguir a Jesús, «ir detrás de él», y, si es menester, lo sabemos explicar también a los demás; pero, nos falta la valentía y la radicalidad de ponerlo en práctica hasta el fondo. El peligro no afecta sólo a nosotros, los sacerdotes. Si cada bautizado por ello mismo es «un testigo de Cristo», como lo define un texto del concilio Vaticano II, entonces el planteamiento de los sumos sacerdotes y de los escribas debe hacernos reflexionar a todos. Estos sabían que Jesús se hallaba en Belén, «la más pequeña de las ciudades de Judá»; nosotros sabemos que Jesús se encuentra hoy entre los pobres, los humildes, los que sufren...

Y vengamos finalmente a los protagonistas de esta fiesta, los Magos. Ellos no instruyen con palabras, sino con los hechos; no con lo que dicen, sino con lo que hacen. Dios se ha revelado a ellos, como suele hacer, desde el interior de su experiencia, utilizando los medios que tenían a su disposición; en su caso, la costumbre de escrutar el cielo. Ellos no han puesto demora, sino que se han puesto en camino; han dejado la seguridad, que procede del moverse en el propio ambiente, entre gente conocida y que les reverenciaba. Dicen con sencillez, como si no hubiesen hecho nada de extraordinario:

«Hemos visto salir su estrella y venimos a adorarlo».

Hemos visto y venimos: aquí está la gran lección de estos anónimos «predicadores» bíblicos. Han actuado en consecuencia, no han interpuesto demora alguna. Si se hubieran puesto a calcular uno a uno los peligros, las incógnitas del viaje, habrían perdido la determinación inicial y se habrían frustrado en vanas y estériles consideraciones. Han actuado de inmediato y éste es el secreto cuando se recibe una inspiración de Dios. Son los primeros «hijos de Abrahán según la fe»; también Abrahán, en efecto, se puso en camino, «sin saber a dónde iba» (Hebreos 11,8), fiado sólo en la palabra de Dios, que le invitaba a salir de su tierra.

Van a «adorarlo». Este término reviste un profundo significado teológico en el contexto de Navidad, que debía estar bien claro en la mente del evangelista Mateo. Él lo usa de nuevo, cuando dice que:

«Entraron en la casa, vieron al niño con María, su madre, y cayendo de rodillas lo adoraron».

Los Magos conocían bien qué significa «adorar», hacer la *proskynesis*, porque la práctica había nacido precisamente entre ellos, en las cortes de oriente. Significaba tributar el honor posible al máximo, reconocer a uno la soberanía absoluta. El gesto estaba reservado por ello sólo y exclusivamente al soberano. Es la primera vez que este verbo viene empleado en relación a Cristo en el Nuevo Testamento; es el primer reconocimiento, implícito pero clarísimo, de su divinidad.

Los Magos no se mueven sólo por curiosidad, sino por auténtica piedad. No buscan aumentar su conocimiento, sino expresar su devoción y sumisión a Dios. También hoy la adoración es el homenaje que reservamos sólo a Dios. Nosotros honramos, veneramos, alabamos, bendecimos a la Virgen, pero no la adoramos. Éste es un honor que se puede tributar sólo a las tres Personas divinas. La adoración es un sentimiento religioso que hemos de descubrir con toda su fuerza y belleza. Es la mejor expresión del «sentimiento de criaturas» creído por algunos como el sentimiento que está en la base de toda la vida religiosa. Muchos usan esta palabra con demasiada ligereza: «Yo adoro ir a pescar, adoro a mi perro». De criaturas humanas dicen «mi adorable bien». No digo que se cometa pecado cada vez cada vez que se pronuncie, pero ciertamente no indica una gran sensibilidad religiosa.

Los Magos adoraron al Niño «en la casa», en las rodillas de la Madre, hoy podemos adorarlo también en la Eucaristía, adorarlo «en espíritu y verdad», en lo profundo del corazón... No nos faltan ocasiones.

Una última indicación preciosa nos viene de los Magos:

«Habiendo recibido en sueños un oráculo, para que no volvieran a Herodes, se marcharon a su tierra por otro camino».

No queremos forzar estas palabras, pero visto el carácter fuertemente parenético del relato no está fuera de lugar ver en ello un símbolo. Una vez encontrado a Cristo, no se puede ya volver atrás por el mismo camino. Cambiando la vida, cambia la vía. El encuentro con Cristo debe determinar un cambio, una permuta de costumbres. No podemos, también nosotros hoy, volver a casa por el camino por el que hemos venido, esto es, exactamente como estábamos al venir a la iglesia. La palabra de Dios debe haber cambiado algo dentro de nosotros, si no además de nuestras convicciones y nuestros propósitos.

En esta fiesta de la Epifanía la palabra de Dios nos ha puesto delante tres modelos, que representan cada uno una elección global de vida: Herodes, los sacerdotes, los Magos. ¿A cuál de ellos queremos asemejar en la vida? De los Magos se dice que, al volverse a poner en camino, «se llenaron de alegría»; nada semejante para los que prefieran permanecer tranquilos en casa.

Concluamos con las palabras con que Agustín terminaba uno de sus discursos de la Epifanía al pueblo: «También nosotros hemos sido conducidos a adorar a Cristo por la verdad, que resplandece en el Evangelio, como por una estrella en el cielo; también nosotros, reconociendo y alabando a Cristo nuestro rey y sacerdote, muerto por nosotros, lo hemos honrado como con oro, incienso y mirra. Nos falta ahora solamente testimoniarlo, tomando un nuevo camino, volviendo por una vía distinta de aquella por la cual hemos venido» (Sermón 202, 3,4).

FLUVIUM (www.fluvium.org)

Para todos los hombres

Celebramos en este día la Epifanía del Señor: su manifestación a todo el mundo como Salvador. Dios que, en su Providencia, se manifiesta de modos diversos a los hombres, también a aquellos a quienes –podríamos pensar– no llega su Revelación de modo pleno. Pensemos, por ejemplo, en los Magos de los que nos habla san Mateo. No pertenecían al pueblo escogido y, sin embargo, de un modo peculiar, ciertamente extraño para nosotros, tienen noticia de Jesús, hasta comprender que debían emprender un largo viaje para adorarlo.

Algunos hemos crecido en un ambiente muy cristiano y hemos visto valorar siempre, por encima de todo, los bienes sobrenaturales y la doctrina de la Iglesia, aunque contempláramos también que muchos se mostraran más atraídos por ideales inmediatos y materiales. Otros, en cambio, casi sólo se han relacionado con visiones del mundo y de la vida humana intrascendentes. Sus ideales, por altos que sean, finalmente se han quedado “de tejas abajo”. Tal vez, con dificultad, puedan hablar de una cierta esperanza ultramundana, que suele ser tan inconcreta como inalcanzable.

Proclamemos en este día la bondad del Señor. Por su misericordia, sin repetirse nunca –cada encuentro personal con Él y con el sentido incomparable de la vida humana es una historia...–, todos los hombres tenemos ocasión de penetrar en su intimidad, aunque sea en grados diferentes según los “talentos” que otorga a cada uno. Esos “talentos” son las circunstancias personales de antecedentes familiares, sociales y culturales, fortaleza, inteligencia, carácter, etc., que configuran nuestro modo de ser, con independencia de las propias decisiones que vendrán luego. Sobre ese “material” básico de que estamos hechos cada uno, y a partir de la multitud de circunstancias accidentales que configuran nuestra historia, de las que no somos responsables, la libertad individual lleva a cabo su tarea de conformación de la persona, de la que sí es responsable el individuo.

La Iglesia afirma con san Pablo la bondad de Dios, **nuestro Salvador, que quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad**. Todos los hombres –¡todos!–, si quieren, pueden lograr el destino eterno en Él, que ha previsto Dios para cada uno, aunque no hayan tenido ocasión de recibir adecuada noticia de Jesucristo. **Pues los que inculpablemente desconocen el Evangelio de Cristo y su Iglesia, y buscan con sinceridad a Dios, y se esfuerzan bajo el influjo de la gracia en cumplir con las obras de su voluntad, conocida por el dictamen de la conciencia, pueden conseguir la salvación eterna. La divina Providencia no niega los auxilios necesarios para la salvación a los que sin culpa por su parte no llegaron todavía a un claro conocimiento de Dios y, sin embargo, se esfuerzan, ayudados por la gracia divina, en conseguir una vida recta.**

Así hablaba la Iglesia en su último gran concilio reafirmando la misericordia divina. No pensemos, pues, en un Dios arbitrario o desconsiderado con sus criaturas. ¿Cómo no va a ser comprensivo con sus hijos este Padre bueno? El propio Jesús, hablando en parábolas, se refería a la justicia de Dios, que tiene en cuenta las posibilidades objetivas de cada uno para cumplir sus preceptos: **El siervo que, conociendo la voluntad de su amo, no fue previsor ni actuó conforme a la voluntad de aquél, será muy azotado; en cambio, el que sin saberlo hizo algo digno de castigo, será poco azotado. A todo el que se le ha dado mucho, mucho se le exigirá, y al que le encomendaron mucho, mucho le pedirán.**

Deseemos entregar a Dios todo lo posible como expresión viva de amor filial. Tal vez entonces sintamos por momentos toda nuestra pequeñez y se nos haga ardua la tarea de corresponder a la singular elección que ha hecho el Señor de nosotros. Será entonces también el momento de acudir a María: **¡ruega por nosotros, pecadores, ahora!**

PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)

A. Cristo se manifiesta en la Iglesia

Hoy la Iglesia universal celebra la fiesta de la Epifanía del Señor. Epifanía es un sustantivo de origen griego que significa manifestación, revelación o aparición. ¿Qué celebramos entonces en esta solemnidad? ¿Acaso el Señor no apareció ya en Navidad?

Por lo tanto, debemos distinguir, como en toda fiesta, dos planos u órdenes de ideas. En el plano de la evocación histórica, hoy celebramos el recuerdo de aquella manifestación del Señor que fue la venida de los Magos a Belén. Ellos representaban a los pueblos paganos, es decir, a todo el resto de la humanidad que vivía fuera del mundo judío en que hasta ese momento se habían desarrollado los acontecimientos y al cual pertenecían las personas encontradas hasta ahora en el Evangelio: María, Jesús, Isabel, Juan, los pastores, etc. Celebramos entonces el importante evento de la convocación de los paganos a la fe, la apertura del horizonte de la salvación a todos los pueblos. Es el significado de la fiesta que hemos escuchado ilustrar, en la segunda lectura, por san Pablo, apóstol y pionero de este universal llamado a la salvación. Él llama a todo esto “el misterio mantenido oculto durante siglos y revelado en los últimos tiempos”. Tal misterio consiste en que los gentiles son llamados en Jesús a participar de la misma herencia, a formar el mismo cuerpo y a ser partícipes de la promesa por medio del Evangelio (Ef. 3, 5-6).

A nosotros, que vivimos en esta realidad desde hace siglos, todo esto nos puede parecer natural y de poca importancia. ¡Pero pensemos en la sorpresa y en la alegría de nuestros antiguos antepasados paganos al oírse decir que eran llamados a la misma herencia, ellos, a quienes los judíos despreciaban por impuros, por condenados a la perdición! Para Dios ahora ya no existen pueblos elegidos y pueblos no elegidos; ahora todos son “su pueblo”, y él es el Dios de todos. Para él no existen las razas, sino una sola humanidad redimida por su hijo Jesucristo. Todos los pueblos son llamados ahora a aquella Jerusalén de luz, descrita por Isaías en la primera lectura, que simboliza la Iglesia. Esta idea entusiasmaba a san Agustín, quien exclamaba; “¡Oh, Iglesia bienaventurada! Alza entonces los ojos y ábrelos al mundo; mira ahora la herencia hasta los confines de la tierra; mira ahora cumplirse lo que fue dicho: —Lo adorarán todos los reyes de la tierra, todas las gentes lo servirán—” (En. Ps. 47, 7).

Hasta aquí el contenido de la fiesta de Epifanía en el plano de la evocación histórica. Pero hemos dicho que la fiesta de hoy tiene un segundo plano de significación: el de la actualidad litúrgica. Ahí, ella se refiere a nuestra situación de cristianos de hoy. ¿Qué significa la fiesta, vista desde ese segundo punto de observación? En pocas palabras, esto: que Jesucristo todavía está en el mundo; que es necesario buscarlo con la fe; que para encontrarlo es necesario pasar, como los magos, por Jerusalén, es decir, por la Iglesia.

En este sentido, todo el acontecimiento de los Magos es un símbolo del itinerario hacia la fe. Ellos abandonan sus cómodos palacios en Oriente; comienzan a viajar, como Abraham que dejó Ur de Caldea por un camino desconocido. Buscan, preguntan por el niño, no pretenden descubrirlo por sí solos. No se descorazonan ante las primeras dificultades, cuando la estrella desaparece en el cielo de Jerusalén. Vuelven a ponerse en camino, encuentran al niño en la más extrema pobreza, sin insignias reales como se lo habían imaginado y, a pesar de todo, se postran, lo adoran.

Fijemos un momento de este itinerario de fe para desarrollar una reflexión más profundizada. Es el momento en el cual los Magos, habiendo llegado a Jerusalén, preguntan dónde se puede encontrar al Mesías. Los sacerdotes responden: *en Belén de Judea*; en efecto, así era, y ellos encontraron *al niño con María, su madre y, postrándose, le rindieron homenaje*. También hoy, para encontrar a Jesús, es necesario ir a Jerusalén: a aquella Jerusalén de luz que es la Iglesia, lugar y signo de salvación en el que resplandece la luz del Señor y en el cual todos los hombres son llamados a entrar para caminar bajo su luz. La entrada jubilosa en Jerusalén de la comitiva de camellos y dromedarios de Madián de la que habla Isaías, y el cortejo de los magos del que habla el Evangelio, eran una pequeña señal de este concurrir de todos los hombres a la Iglesia.

Hoy está muy difundida la convicción de poder encontrar a Jesús fuera de Jerusalén, es decir, fuera de la Iglesia, tal vez en grupos que mantienen una polémica con ella, o también en ideologías humanitarias que de Jesús aceptan sólo la fascinación de su humanidad. Pero es una ilusión. No se puede encontrar la cabeza separada de su cuerpo; no se puede encontrar al Cristo fuera de su comunidad, de su palabra y de sus sacramentos, que viven justamente en la Iglesia. Como los Magos, también nosotros encontramos al niño “con su madre”, es decir, con aquella que lo genera para nosotros en la fe: la Iglesia.

Pero una vez dicho esto, no es necesario tener miedo de llevar adelante nuestra reflexión sobre una realidad dolorosa que puede ocurrirnos en nuestra búsqueda de Jesús, como les ocurrió a los Magos. En Jerusalén sabían muy bien dónde había nacido y dónde se encontraba Jesús; dijeron: “Vayan, infórmense”, pero ellos, los sacerdotes, no se pusieron a la cabeza en una especie de marcha triunfal hacia el Señor. Permanecieron en un ambiente caldeado, en Jerusalén, para continuar con sus discusiones acerca de las profecías, acerca de dónde y cómo debía nacer el Mesías. Jesús no se encontraba en Jerusalén, sino en la pobreza de Belén. A menudo, también hoy la Iglesia y los sacerdotes decepcionan a los hombres que buscan a Cristo. Saben decir dónde se encuentra: entre los pobres, los que sufren, los puros de corazón como María y José, pero ellos no se mueven, no bajan a Belén, no se agachan para entrar en la gruta, no enfrentan los riesgos de un viaje fuera de sus costumbres y de sus tradiciones.

Seríamos injustos si generalizáramos todo esto, ignorando de mala fe toda aquella parte de la Iglesia que vive y sufre con los pobres, que está a la disposición y al servicio espiritual del pueblo, que en tierra de misiones se consume para llevar la luz de los Evangelios a los paganos y, antes que nada, para darles una casa, un oficio, una dignidad de hombres. Ninguna crítica de afuera debe privarnos de la alegría y el orgullo de esto que se hace en nuestra Iglesia; ni tampoco el intento tan frecuente de descalificar todo y de echar sobre todo la sombra de la sospecha debe impresionarnos en forma excesiva.

No es lícito, por lo tanto, generalizar nuestra autocrítica, pero tampoco es lícito callarla, porque si callamos nosotros, los responsables, los hombres de la Iglesia, será Jesús quien nos lo eche en cara, y será también el mundo. Debemos reconocer con humildad que, a menudo, constituimos, a causa de nuestras obligaciones y de nuestra mediocridad, un diafragma entre los hombres y Cristo. Nosotros podemos retrasar su epifanía, podemos hacer menos creíble su palabra ante el mundo.

Es necesario, entonces, que quien se sienta comprometido completamente con Jesús y con la Iglesia (no sólo aquellos que ejercitan el ministerio pastoral), recoja en forma profunda la convocación de la fiesta de hoy, se proponga luchar para reducir el espesor de la opacidad que su vida opone a la manifestación del Señor, con el objeto de ser un testigo entre los hermanos y un guía en la búsqueda del Salvador. Para ser él mismo, en resumen, una epifanía, es decir, una manifestación del Señor para el mundo.

Nosotros lo encontramos ahora, a este nuestro Señor, como lo encontraron los Magos, con un velo de humildad agregado a su humanidad: el del sacramento. Arrodillémonos con fe, abramos nuestras pequeñas y pobres arcas y ofrezcámosle lo mejor que allí tenemos: nuestra fe, nuestra esperanza y, sobre todo, nuestro amor.

B. Los signos de los tiempos

“Tres prodigios celebramos en este santo día: hoy la estrella guía a los magos al pesebre, hoy el agua es cambiada en vino en las bodas de Caná, hoy Cristo es bautizado por Juan en el Jordán por nuestra salvación” (Ad *Magnificat*, ant.).

Con estas palabras la liturgia de las horas describe el contenido de la fiesta de hoy. Este consiste en la triple revelación de Cristo, a los magos, en las bodas de Caná y en el bautismo de Jesús en el Jordán. Lo que indujo, desde los tiempos más remotos, a reunir estos tres acontecimientos en una sola fiesta es su significado común de manifestación (en griego: epifanía). Jesús se revela en ellos progresivamente por lo que es en realidad, es decir, Mesías y el Salvador: manifestó su gloria, como dice Juan (Jn. 2,11).

Quisiera intentar, este año, una comprensión nueva de esta fiesta partiendo de ese adverbio de tiempo que con tanta insistencia aparece en la liturgia del tiempo navideño: hoy. “Hoy ha nacido Cristo, hoy ha aparecido el Salvador”. Nosotros no celebramos pues un hecho acontecido una vez por todas en el pasado, sino algo que continúa también hoy bajo nuestros ojos. Nosotros no celebramos a Cristo que un día se manifestó a los magos mediante una estrella, sino a Cristo que hoy se manifiesta, que hoy llama a los hombres a la fe.

Es esta epifanía siempre en acto en la historia. Ella se basa en un hecho certísimo: Cristo está ahora presente en el mundo. Su resurrección inauguró un modo nuevo de estar entre nosotros y de manifestárenos. No más un modo carnal o físico, sino espiritual (cfr. Rom. 1,3-4). Por eso la Escritura puede decir de Cristo que era ayer, pero también que es hoy (Heb. 13,8). Ciertamente se trata de una presencia escondida, problemática, que escapa a los cronistas de este mundo. No se puede decir de él: Cristo está aquí o Cristo está allí (Mt.24,23). También Jesucristo es, en cierto modo, un “Dios escondido” (Is. 45,15), presente y ausente al mismo tiempo.

Su manifestación es confiada a los signos que no se encienden y no llegan a ser elocuentes sino en presencia de la fe, aun cuando misteriosamente sean precisamente ellos los que deben suscitar tal fe. Signos que son claros para algunos y oscuros para otros, como la nube del éxodo que era tenebrosa para los egipcios, mientras que a los israelitas les iluminaba la noche (Ex. 14,20).

De las narraciones evangélicas recabamos sólo una certeza: Cristo se revela a cada pueblo y a cada categoría de personas con signos apropiados a ellos y comprensibles a ellos. A los simples pastores envía un ángel; a los sabios, habituados a escrutar el curso de los astros, envía una estrella; para los judíos, afectos a los signos, da un signo, es decir, un milagro: cambia el agua en vino.

Estamos aquí para preguntarnos en esta solemnidad de Epifanía: ¿con qué signos Cristo se manifiesta a los hombres de nuestro tiempo? Y antes aún: ¿se manifiesta de veras Cristo también hoy o tienen razón aquéllos que dicen que Dios ha muerto o que calla? No se estará verificando, acaso, precisamente en nosotros, aquella terrible palabra de Cristo: *Una generación perversa y adúltera pretende un signo ¡Pero no se le dará ningún signo!* (Mt. 16,4; Mc. 8,11). ¿Hay un signo para nosotros?

En una situación de profunda turbación como ésta, el profeta Isaías –lo hemos oído en la primera lectura– proponía como signo del retorno de Dios hacia su pueblo la nueva Jerusalén reconstruida después del exilio, la ciudad sobre la montaña, a la cual todas las naciones, como saliendo de las tinieblas, acuden para encontrar al Señor: Levántate, vístete de luz... porque he aquí, las tinieblas recubren la tierra, pero sobre ti resplandece el Señor, su gloria aparece sobre ti. Las naciones caminarán en tu luz. Parece fácil e inmediato el paso de la situación de Isaías a la nuestra. De hecho, desde siempre se repite (y es el Nuevo Testamento mismo el que inauguró esta interpretación) que aquella ciudad de luz, aquel signo levantado entre las naciones es la Iglesia, la

nueva Jerusalén. La liturgia no hace otra cosa que inculcarnos precisamente este pensamiento. La Iglesia es para nosotros hoy el signo por excelencia de la presencia y de la gloria de Cristo, su epifanía en el mundo, la gran estrella bajo cuya luz las naciones deben ponerse en camino hacia Cristo (Is. 60,3 = Apc. 21,24). Pero, debemos confesar que la cosa no es tan fácil. La Iglesia es para muchos hoy una “esposa velada”, es decir, un signo no reconocible, un signo de contradicción. No podemos partir con tanta seguridad desde ella. A ella debemos más bien llegar. Por un lado, es demasiado cercana al significado –a Cristo– de quien es directamente el cuerpo, también para ser signo de él. Por otro lado, ella está demasiado cercana al hombre, demasiado confundida con él, con sus problemas y con sus debilidades para servirle de signo de Dios.

Creo que también hoy hay otros signos que pueden hacer manifiesta la epifanía de Cristo; signos menos universales que el que indicamos con la palabra “Iglesia”, pero pertenecientes siempre al ámbito ideal suyo. El Concilio Vaticano II dedicó una gran atención a estos signos que, con una expresión evangélica, llama “los signos de los tiempos” (Mt. 16,2). En la Constitución *Gaudium et spes* (n.11) leemos: “El pueblo de Dios, movido por la fe, procura discernir en los acontecimientos, exigencias y deseos, de los cuales participa juntamente con sus contemporáneos, los signos verdaderos de la presencia y de los planes de Dios”.

Entre los signos de nuestro tiempo en los cuales el Concilio percibe la presencia operante de Cristo está el sentido de solidaridad y de interdependencia, la promoción de los laicos, la liberación de la mujer, el sentido nuevo de la libertad religiosa. Estos, empero, son signos que la Iglesia recibe del mundo (más que da al mundo) que ella debe “escrutar y discernir” (cfr. as 4). Cuando Jesús hablaba de los “signos de los tiempos”, entendía sobre todo los signos de los tiempos mesiánicos que él daba al mundo: Los ciegos recuperan la vista, los paralíticos caminan, los leprosos son curados, los sordos recuperan el oído, los muertos resucitan, a los pobres es predicada la buena nueva (Mt. 11,5). ¿Existen hoy estos signos? ¡Sí que existen! Pero, como aconteció con Jesús, por más grandiosos que sean, pueden pasar del todo inadvertidos para quien no se deja prender por ellos, para quien está distraído o corre detrás de otras noticias. A veces, estamos desconcertados al constatar cuán poco la crónica del tiempo de entonces se acordó de Jesús. Y, sin embargo, de los evangelios tenemos la impresión que alrededor de él se realizaban acontecimientos que debían trastornar el mundo y estar en boca de todos.

También hoy cumple Jesús sus signos mesiánicos, pero sólo quien está vigilante los percibe y se goza de ellos: ciegos que recuperan la luz de la fe y de la esperanza al contacto con la palabra de Dios; paralíticos espirituales (y a veces también corporales) que se levantan y caminan, abandonando el lecho de muerte en el cual vivían; prisioneros de sí, del mal y de los hombres que se liberan de las cadenas; gente, en una palabra, que por el poder de Cristo y de su Espíritu se convierte y vive. Cuántas veces, ante estos hechos, me han vuelto a la mente aquellas palabras de Jesús: *¡Felices los ojos que ven lo que ven ustedes!* (Lc. 10,23).

Quisiera insistir, en particular, en uno de estos signos mesiánicos porque Jesús mismo lo indicó casi como signo por excelencia: *A los pobres es anunciada la buena nueva* (Lc. 7,22). ¿No es acaso un signo de que Cristo está obrando en la Iglesia esta ansia tan típica de nuestra época que la buena nueva llegue a los pobres? Quizás nosotros hoy estamos en condiciones “de descubrir un significado nuevo en aquel dicho de Jesús: A mí no me tendrán siempre con ustedes, pero a los pobres siempre los tendrán (cfr. Mt. 26,11). Es como decir: cuando yo ya no esté físicamente con ustedes, estarán los pobres que me representarán; ¡hagan a ellos lo que quisieran hacerme a mí!

No tenemos ningún temor de reconocer que Cristo se sirvió también de ideologías extrañas a la Iglesia como de la marxista, para despertar de nuevo en ella esta ansia. También en el Antiguo

Testamento, Dios declara siempre que se sirve de otros pueblos para despertar el celo de Israel, para provocarlo y llamarlo de nuevo a la conciencia de su empeño (cfr. Deut. 32,21). Así hizo también con nosotros, los cristianos, y nosotros hemos entendido que esto es uno de aquellos signos de los tiempos por los cuales él nos enseñó a reconocer su venida.

La ida (o el retorno) del evangelio a los pobres puede parecer a veces demasiado lenta e incierta y no siempre coherente, pero sería injusto negar que en toda la Iglesia está en marcha un interés, un celo y –también esto es un signo– un remordimiento respecto de los pobres, ya se trate de individuos o de pueblos enteros. Es una conciencia nueva que “manifiesta” la presencia de la palabra de Cristo. Es un signo de que el inexorable transcurrir del tiempo que lo trastorna todo no logra trastornar esta presencia de Cristo, ni engullirla ni digerirla (como no lo logró ni la muerte ni el sepulcro), que ninguna cultura o civilización –ni siquiera la materialista o burguesa de occidente– logró ni nunca logrará detener su curso. Nuestra época lo encuentra de nuevo ante sí con toda su fuerza de contestación como un signo imborrable de la presencia de Dios en el mundo. Conocido es Dios en Judea, decían los hebreos (Sal. 76,1). Dios se manifiesta en Judá; nosotros decimos: ¡Cristo se manifiesta en la Iglesia!

He aquí que me esforcé por descubrir junto con ustedes los signos de la Epifanía de Cristo que continúa en torno nuestro. Hay, ciertamente, también otros signos. En el evangelio leemos, en cierto punto, que Jesús empezó a recriminar a aquellas ciudades donde había realizado más milagros, porque no se habían convertido: *¡Ay de ti Corozáin! ¡Ay de ti Betsaida!* (Mt. 11,20 ssq). ¡Tal vez nosotros también somos una de aquellas ciudades donde Jesús hizo el mayor número de signos! A cada uno de nosotros le toca la tarea urgente de descubrir y valorar estos signos para convertirse. A cada uno de nosotros le toca la tarea de llegar a ser uno mismo, un signo de la presencia de Cristo en el mundo.

C. Una epifanía para nosotros

En los dos ciclos anteriores, la fiesta de hoy nos sirvió como oportunidad para una reflexión sobre el Cristo que se revela a los pueblos en la Iglesia. Por lo tanto, una epifanía de respiro universal: por un lado, Cristo, por el otro, el mundo; en el medio –como signo– la Iglesia. En este ciclo nos proponemos captar un aspecto más íntimo y personal de la fiesta, referido al microcosmos, por así decirlo, no al macrocosmos, de la fe: Cristo en nosotros. El tema es éste: Cristo se manifiesta al corazón de quien lo busca con ánimo sincero. Nos guiará ese texto luminoso de San Pablo que dice: *Porque el mismo Dios que dijo: “Brille la luz en medio de las tinieblas”, es el que hizo brillar su luz en nuestros corazones para que resplandezca el conocimiento de la gloria de Dios, reflejada en el rostro de Cristo* (2 Col 4,6).

No es un tema ausente en los textos litúrgicos de hoy: ¡todo lo contrario! Se trata, más bien, de captar el alma oculta de esta fiesta. Al comienzo de la Misa, la liturgia nos hizo rezar para que Dios, que un día, a través de la estrella, reveló el Hijo suyo a las gentes, nos lleve, mediante la fe, a contemplar la grandeza de su gloria. Se trata de recuperar el significado más genuino del episodio de los magos: la que los llevó a Belén fue una iluminación interior y personal, si bien fue justamente esa iluminación la que los hizo solidarios y compañeros de otros en la misma búsqueda.

Al ver la estrella, ellos “se llenaron de alegría”: evidentemente, Aquel a quien buscaban ya guiaba su búsqueda; ya estaba con ellos, aunque no todavía totalmente reconocido (Agustín le hace decir a Dios: *No me buscarías si no me hubieras encontrado*).

La epifanía que queremos celebrar este año es precisamente de este tipo: una epifanía, vale decir una manifestación de Jesucristo que tenga lugar dentro de nosotros, que sea captada con los ojos del corazón, antes que con los del cuerpo o de la sola inteligencia.

Semejante epifanía –dice Pablo– se cumple cuando Dios refulge en nuestro corazón y hace resplandecer en él su gloria con los rasgos precisos que esa gloria adquirió en Jesucristo. Dicho de otro modo, cuando, por un misterioso encuentro entre la acción de Dios y nuestra libertad, se enciende dentro de nosotros una luz y en esa luz “reconocemos” a Jesucristo; lo vemos en su gloria divina, como lo vieron los tres apóstoles en la transfiguración en el Tabor. Sólo que, en nuestro caso, todo se produce en la intimidad y en la fe, gracias a una certeza de que Jesús está a nuestro lado, por lo cual sentimos, sin la menor sombra de duda, que él es la verdad, la esperanza y la salvación; ¡él y nadie más! Una certeza que no procede de nosotros, sino que es suscitada por el Espíritu Santo: el Espíritu Santo le “dará testimonio” a Jesús (cf. Jn. 15,26).

El problema es: ¿cómo hacer que estas cosas sean válidas también para nosotros? ¿Cómo celebrar “en espíritu y verdad” (no como puro deseo veleidoso) esta epifanía del corazón? Es necesario empezar con cosas pequeñas; esa famosa luz (que puede llamarse fervor, o alegría, o fe) a veces se enciende, o se apaga, por una insignificancia; hay que ofrecerle odres al Señor, quizás vacías o llenas sólo de agua, para que él pueda darnos su vino... A veces, un cristiano de buena voluntad vuelve a encontrar a Jesús en su corazón simplemente porque supo imponerse una pequeña privación, en obediencia al Evangelio o a la conciencia, porque se puso nuevamente a rezar después de mucho tiempo, venciendo tal vez un fuerte rechazo, porque hizo un gesto oculto y desinteresado de amor por el prójimo, porque tuvo el coraje de una reconciliación. Son como chispas que provocamos con la buena voluntad, pero con ellos Dios puede encender una gran llama.

Esta epifanía espiritual que invade todos los momentos de la vida debe encontrar su culminación en la liturgia. San Ambrosio escribió: “Tú te mostraste a mí. Oh, Cristo, cara a cara. ¡Yo te encontré en tus sacramentos!” Participar con fe en un sacramento significa asistir a una epifanía de Cristo; allí, de una manera totalmente especial, la gloria de Cristo resplandece en nuestros corazones. En el sacramento se produce lo que se produjo en la Encarnación: Dios se revela velándose. La carne, de la que se revistió el Verbo al nacer, fue para él como un velo: por un lado, cubría y ocultaba la divinidad; por el otro, la manifestaba y la hacía visible y presente. Nadie en esta vida puede ver a Dios “como es” y ni siquiera puede ver al Cristo resucitado como es. Eso es posible sólo en los cielos nuevos, después de la gran epifanía que seguirá a la muerte. La majestad de Dios es realmente tal que no se puede ver con ojos de carne y seguir viviendo (Ex. 33,20). Dios no puede revelarse si no es velándose.

Lo mismo ocurre en los sacramentos, especialmente en el sacramento por excelencia que es la Eucaristía. Allí, –en la Encarnación–, el velo era la carne humana; aquí es el pan y el vino: “Iesum quem velatum nunc aspicio”. Jesús a quien ahora contemplo velado... El pan y el vino ocultan a nuestros ojos la realidad que contienen, ¡pero contienen la realidad que ocultan! Por eso la hacen presente y accesible para nosotros; Jesús está presente y visible en el pan y el vino. Así como en el templo de Jerusalén, el “Sancta Sanctorum” estaba oculto detrás de un velo, lo mismo aquí. No un muro, sino un velo, y ese velo, después de la muerte de Jesús, es atravesable y fue atravesado: Cristo inauguró un *camino nuevo y vivo* para llegar a Dios, que pasa *a través del velo, que es su carne* (Heb. 10,20).

Es el misterioso poder de los signos: todo lo que es sugerido por los símbolos golpea e inflama el corazón del hombre con mucha mayor intensidad que la verdad “desnuda” desprovista de imágenes, la cual habla sólo al cerebro del hombre y no a todo el hombre, cuerpo y espíritu juntos.

Al pasar de la realidad concreta a la realidad espiritual significada (por ejemplo, del agua al Espíritu, del pan al Cuerpo de Cristo), nuestra sensibilidad adquiere vivacidad y se inflama como una antorcha en movimiento (cf. San Agustín, Ep.55, 11,21). Así ocurrió en Emaús: los discípulos que no habían reconocido a Cristo ni siquiera después de la explicación de las Escrituras, lo reconocieron al partir el pan (cf. Lc. 24,30sq.); ese gesto simbólico y sacramental hizo caer el velo de sus ojos y reconocieron al Señor.

La Eucaristía, es, pues, una epifanía de Cristo, más aún, la epifanía suprema. No nos muestra solamente al Jesús terrenal que vieron los magos, hombre entre los hombres, sino al Jesús muerto y resucitado, el Jesús Señor universal y glorioso. Una luz y una fuerza potente está encerrada en esos signos que nunca termina de experimentarse y que alimenta toda la vida de la Iglesia, pasada, presente o futura. Toda luz viene de allí. Si la Iglesia es signo de Cristo entre las naciones –y por lo tanto ella misma una epifanía– es porque tiene en su centro la Eucaristía, verdadera “zarza ardiente” que arde y no se consume; una zarza que brilla en medio de la pobreza humana de la Iglesia como fuego detrás de un telón.

Este carácter epifánico de la Eucaristía era vivido, en una época, con mucha fuerza en la Iglesia; se creía, entonces, en la epifanía cultural de Cristo (o sea en Cristo que se manifiesta a los fieles durante el culto eucarístico), al punto de oír prácticamente resonar su voz en primera persona en la asamblea en la palabra del Obispo: “Yo soy Cristo. Acérquense todos ustedes, sumergidos en los pecados. Reciban la redención de los pecados. Yo soy el Cordero inmolado por ustedes, soy su luz, soy su salvación, soy su resurrección. Yo les mostraré al Padre” (Melitone di Sardi, *Sulla Pasqua*, 102ssq.)

Sin embargo, la Eucaristía no siempre y no para todos es una epifanía de Cristo; para muchos sigue siendo solamente un conjunto de gestos muertos y de cosas pasadas que no producen ninguna impresión o solamente una impresión estética. ¿Por qué? ¿Qué falta? ¡Falta la fe! ¡Faltan los ojos para ver detrás del velo! Aquella estrella en el cielo, de Jerusalén brillaba para todos, pero sólo tres la vieron... Los sacramentos no son ritos mágicos que actúan de cualquier modo y siempre, incluso a pesar del sujeto; son ritos humanos “para los hombres”; hablan a la voluntad, al corazón, al cuerpo del hombre; por eso, sólo el que tiene oídos para oír oye y sólo el que tiene ojos para ver ve.

Reconoce a Jesús en la Eucaristía sólo aquél que lo reconoce en la vida, aquél que “camina con él” por la calle, que lo invita a entrar en su casa (cf. Lc. 24,15.29), que no reduce la fe a un hábito que se pone el domingo para ir a Misa y después guarda de inmediato en el ropero... A la Eucaristía, es necesario que lleguemos llenos de deseo, para que se produzca la rotura del velo y podamos reconocerlo y así se encienda nuestro corazón. Por eso hemos hablado de la epifanía en la vida cotidiana antes de hablar de la epifanía en el culto; por eso hemos recordado la oración, el sacrificio, el amor, la compasión, los gestos pequeños. Cuando existe esa búsqueda de Jesús, la Eucaristía nunca decepciona; él se hace presente no sólo en el altar, sino también en el corazón.

Juntemos toda la fe, el deseo, el arrepentimiento de que somos capaces para que esta Eucaristía que estamos celebrando sea realmente una epifanía de Cristo entre nosotros y en cada uno de nosotros, para que ese Dios que dijo al principio: *Que brille la luz entre las tinieblas*, haga brillar la gloria divina de Cristo en nuestros corazones.

Homilía con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II

Homilía en la consagración de nueve Obispos (6-I-1984)

– Los Magos de Oriente

Hoy, en el horizonte de la Navidad, aparecen tres nuevas figuras: los Magos de Oriente.

Vienen de lejos siguiendo la luz de la estrella que se les ha aparecido. Se dirigen a Jerusalén, llegan a la corte de Herodes. Preguntan: “¿Dónde está el Rey de los judíos que ha nacido? Porque hemos visto salir su estrella y venimos a adorarlo” (Mt 2,2).

En la liturgia de la Iglesia la solemnidad de hoy se llama Epifanía del Señor. Epifanía quiere decir manifestación.

Esta expresión nos invita a pensar no sólo en la estrella que apareció a los ojos de los Magos, no sólo en el camino que estos hombres de oriente hacen, siguiendo el signo de la estrella. La Epifanía nos invita a pensar en el camino interior, del que nace el misterioso encuentro del entendimiento y del corazón humano con la luz de Dios mismo.

“La luz... que alumbraba a todo hombre, cuando viene al mundo” (cfr. Jn 1,9).

Los tres personajes de Oriente seguían con certeza esta luz antes aún de que apareciera esta estrella.

Dios les hablaba con la elocuencia de toda la creación: decía que es, que existe; que es Creador y Señor del mundo.

En cierto momento, por encima del velo de las criaturas, los acercó todavía más a Sí mismo. Y a la vez, ha comenzado a confiarles la verdad de su Venida al mundo. De algún modo, los introdujo en el conocimiento del designio divino de la salvación.

– Manifestación del Redentor

Los Magos respondieron con la fe a esa Epifanía interior de Dios.

Esta fe les permitió reconocer el significado de la estrella. Esta fe les mandó también ponerse en camino. Iban a Jerusalén, capital de Israel, donde se transmitía de generación en generación la verdad sobre la venida del Mesías. La habían predicado los profetas y habían escrito de ella los libros santos.

Dios, que habló al corazón de los Magos con la Epifanía interior, había hablado a lo largo de los siglos al Pueblo elegido y les había predicado la misma verdad sobre su venida.

Esta verdad se cumplió la noche del nacimiento de Dios en Belén. Ya esta noche es la Epifanía de Dios, que ha venido: Dios que nació de la Virgen y fue colocado en el pobre pesebre, Dios que ocultó su venida en la pobreza del nacimiento en Belén: he ahí la Epifanía del divino ocultamiento.

Sólo un grupo de pastores se apresuró para ir a su encuentro...

Pero mirad que ahora vienen los Magos. Dios, que se oculta a los ojos de los hombres que viven cerca de Él, se revela a los hombres que vienen de lejos.

– Reconocer al Mesías

Dice el profeta a Jerusalén:

“Caminarán los pueblos a tu luz; los reyes al resplandor de tu aurora. Levanta la vista en torno, mira: todos éstos se han reunido, vienen a ti: tus hijos llegan de lejos” (Is 60,3-4).

Los guía la fe. Los guía la fuerza interior de la Epifanía.

De esta fuerza habla así el Concilio:

“Quiso Dios, con su bondad y sabiduría, revelarse a Sí mismo y manifestar el misterio de su voluntad (cfr. Ef 1,9); por Cristo, la Palabra hecha carne, y con el Espíritu Santo, pueden los hombres llegar hasta el Padre y participar de la naturaleza divina (cfr. Col 1,15; 1Tim 1,17), movido de amor, habla a los hombres como amigos (cfr. Ex 33,11; Jn 15,14-15), trata con ellos (cfr. Bar 3,38) para invitarlos y recibirlos en su compañía” (Dei Verbum, 2).

Los Magos de Oriente llevan en sí esa fuerza interior de la Epifanía. Les permite reconocer al Mesías en el Niño que yace en el pesebre. Esta fuerza les manda postrarse ante Él y ofrecerle los dones: oro, incienso y mirra (cfr. Mt 2,11).

Los Magos son, al mismo tiempo, un anuncio de que la fuerza interior de la Epifanía se difundirá ampliamente entre los pueblos de la tierra.

Dice el Profeta:

“Entonces lo verás, radiante de alegría;/ tu corazón se asombrará, se ensanchará,/ cuando vuelquen sobre ti los tesoros del mar,/ y te traigan las riquezas de los pueblos” (Is 60,5).

Permitid a esta fuerza divina irradiarse en vuestro corazón como en una Jerusalén interior, a la que dice la liturgia de hoy:

“Levántate, brilla,/ que llega tu luz;/ la gloria del Señor amanece sobre ti” (Is 60,1).

Permitid a la fuerza salvífica de la divina Epifanía irradiarse entre los hombres y los pueblos, a los que sois enviados, como testimonio de la verdad y de la misericordia.

Verdaderamente: “Volcarán sobre ti las riquezas de los pueblos” (cfr. Is 60,5).

Y responded al don de la solemnidad de hoy con un incesante, continuo don: ofreced oro, incienso y mirra.

De este modo la abundancia de la Epifanía divina permanecerá en vosotros y se renovará en el camino del servicio apostólico.

Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva

“¿Dónde está el Rey de los judíos que ha nacido? Porque hemos visto salir su estrella y venimos a adorarlo”. Ésta es la razón que dan aquellos Magos para justificar el largo y penoso camino que emprendieron abandonando la serena ocupación de todos los días. La misma razón que conduce a tantas y tantos a dejarlo todo por el Señor. Y es igualmente la razón del caminar cristiano abandonando la tranquilidad burguesa que una sociedad permisiva está constantemente proponiendo.

Pero a veces la estrella, como a los Magos, se oculta, y las sombras de la noche se enseñorean de todo ocultando el camino y suprimiendo sus perfiles orientadores. En esas horas, siempre hay quien puede ayudarnos porque el camino está ahí. Pero también hay quienes, aprovechando la oscuridad, engañan al viajero, como Herodes con su información interesada. Lo que hoy sucede, por lo que se refiere a ese haz de verdades elementales que están a la base de la armónica convivencia entre los pueblos, es objetivamente grave. Hay un ataque organizado y sin tregua a la Verdad revelada por Dios y a las instituciones naturales queridas por Él.

¡Cuántas veces, y por diversos motivos, la estrella que guiaba nuestros pasos se oculta y la oscuridad nos envuelve! La ilusión y el entusiasmo con que se inició un proyecto se esfuman. Un ejemplo. Se casaron. Él y ella decían que no había en el firmamento una estrella más hermosa. Todos decían que parecía que habían nacido el uno para el otro. Hubo años de intensa felicidad. Hoy arrastran una existencia lánguida y piensan que se equivocaron de pareja. ¿Cómo puede ser que lo que ayer era luz y entusiasmo hoy sea oscuridad y decepción? Y otro tanto sucede con la profesión, las aficiones preferidas, los compromisos adquiridos, y también en la vida espiritual. Somos así. Al amanecer vemos claro, al mediodía dudamos y al atardecer todo parece oscuro.

Es preciso contar con la eventualidad de que la estrella del entusiasmo se apague porque Dios desea que no nos movamos por puro entusiasmo sino por la luz de su Palabra. No debemos tolerar que las oscuras luces del capricho o del cansancio desplacen la luminaria del Evangelio. En esos momentos, particularmente críticos, en que se pueden tomar decisiones lamentables, malogrando fidelidades de años, hay que hacer como los Magos: preguntar a quien conoce el camino y puede orientarnos. *Cristo ha dado a su Iglesia la seguridad de la doctrina, la corriente de gracia de los Sacramentos; y ha dispuesto que haya personas para orientar, para conducir, para traer a la memoria constantemente el camino. Disponemos de un tesoro infinito de ciencia: la Palabra de Dios, custodiada en la Iglesia; la gracia de Cristo, que se administra en los Sacramentos; el testimonio y el ejemplo de quienes viven rectamente junto a nosotros, y que han sabido construir con sus vidas un camino de fidelidad a Dios* (San Josemaría Escrivá).

Si nos dejamos guiar por la estrella que brilló al comienzo del camino cristiano emprendido y no por el resplandor pasajero del entusiasmo, encontraremos al final a María, José y a Jesucristo, Luz y Esperanza de las naciones. “Mientras los Magos –dice S. Juan Crisóstomo– estaban en Persia, no veían sino una estrella; pero cuando dejaron su patria, vieron al mismo Sol de Justicia”.

Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica

«Amanece el Señor, y los pueblos caminan a su luz»

I. LA PALABRA DE DIOS

Is 60,1-6: «La gloria del Señor amanece sobre ti»

Sal 71,2.7-8.10-13: «Se postrarán ante ti, Señor, todos los reyes de la tierra»

Ef 3,2-3a; 5-6: «Ahora ha sido revelado que también los gentiles son coherederos»

Mt 2,1-12: «Venimos de Oriente para adorar al Rey»

II. APUNTE BÍBLICO-LITÚRGICO

La intención de S. Mateo era dejar bien sentada la universalidad de la salvación de Cristo, y más teniendo en cuenta que los destinatarios principales de su evangelio eran judíos, marcados aún por el particularismo. En el momento de redactar su mensaje, la ruptura de fronteras y razas era ya una realidad. El encuentro de Jesús con culturas y personas supera aquel nacionalismo a ultranza.

Isaías ha previsto un universalismo centrado en torno a la ciudad de Jerusalén. Pero desde ahora, la referencia para el creyente no será una ciudad; será una Persona: Jesucristo. Noticia de que también los gentiles son coherederos, miembros del mismo cuerpo y partícipes de la Promesa en Jesucristo por el Evangelio, es la motivación principal de la misión de S. Pablo.

III. SITUACIÓN HUMANA

La búsqueda de la verdad parece un «leit motiv» permanente en la vida humana. Pero en su lucha por encontrarla, se topa a veces con los manipuladores de la verdad. De otra parte, hay otro tipo de personas: aquellas para quienes la verdad ha de venir sin buscarla, o los que saben dónde está y no se molestan en hallarla. Al igual que aquellos notables del Templo ¿llamaríamos buscadores de la verdad a quienes no se molestan en recorrer el camino hacia el sitio que tan bien se creen conocer?

IV. LA FE DE LA IGLESIA

La fe

– Dios ha enviado a su Hijo para salvarnos: “«Pero, al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que se hallaban bajo la ley, y para que recibiéramos la filiación adoptiva» (Ga 4, 4-5). He aquí «la Buena Nueva de Jesucristo, Hijo de Dios» (Mc 1,1): Dios ha visitado a su pueblo, ha cumplido las promesas hechas a Abraham y a su descendencia; lo ha hecho más allá de toda expectativa: Él ha enviado a su «Hijo amado» (Mc 1,11)” (422).

– La Epifanía, manifestación de Jesús al mundo: 528; cf 535. 555.

– La salvación viene de Cristo-Cabeza por la Iglesia: 846. 848.

La respuesta

– “La Iglesia, enviada por Dios a las gentes para ser «sacramento universal de salvación», por exigencia íntima de su misma catolicidad, obedeciendo al mandato de su Fundador, se esfuerza por anunciar el Evangelio a todos los hombres (AG 1)” (849; cf 850).

– La fidelidad de los bautizados, condición primordial para la misión: “El mensaje de la salvación debe ser autenticado por el testimonio de vida de los cristianos. «El mismo testimonio de la vida cristiana y las obras buenas realizadas con espíritu sobrenatural son eficaces para atraer a los hombres a la fe y a Dios»” (2044).

El testimonio cristiano

– «Para la evangelización del mundo hacen falta, sobre todo, evangelizadores. Por eso, todos, comenzando desde las familias cristianas, debemos sentir la responsabilidad de favorecer el surgir y madurar de vocaciones específicamente misioneras, ya sacerdotales y religiosas, ya laicales, recurriendo a todo medio oportuno, sin abandonar jamás el medio privilegiado de la oración, según las mismas palabras del Señor Jesús: «La mies es mucha y los obreros pocos. Pues, ¡rogad al dueño de la mies que envíe obreros a su mies!» (Mt 9,37-38)» (Juan Pablo II, ChL 35).

Los notables del Templo sabían dónde nacería Jesús. Pero no buscaron el sitio. Los Reyes no sabían el sitio, pero lo buscaron. Los caminos de Dios no se abren a los entendidos de este mundo, sino a los que se dejan iluminar por su estrella.

HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)

A. Epifanía del Señor.

– **Correspondencia a la gracia.**

I. Hemos visto salir la estrella del Señor y venimos con regalos a adorarlo¹.

¹ Antífona de comunión. Cfr. Mt 2, 2.

La luz de Belén brilla para todos los hombres y su fulgor se divisa en toda la tierra. Jesús, apenas nacido, “comenzó a comunicar su luz y sus riquezas al mundo, trayendo tras sí con su estrella a hombres de tan lejanas tierras”². Epifanía significa precisamente manifestación. En esta fiesta –una de las más antiguas– celebramos la universalidad de la Redención. Los habitantes de Jerusalén que aquel día vieron llegar a estos personajes por la ruta del Oriente bien podrían haber entendido el anuncio del Profeta Isaías, que hoy leemos en la Primera lectura de la Misa: *Levántate, brilla, Jerusalén, que llega tu luz, la gloria del Señor amanece sobre ti. Mira: las tinieblas cubren la tierra, la oscuridad los pueblos, pero sobre ti amanecerá el Señor, su gloria aparecerá sobre ti; y caminarán los pueblos a tu luz; los reyes, al resplandor de tu aurora. Levanta la vista en torno, mira: todos esos se han reunido, vienen a ti: tus hijos llegan de lejos...*³

Los Magos, en quienes están representadas todas las razas y naciones, han llegado al final de su largo camino. Son hombres con sed de Dios que dejaron a un lado comodidad, bienes terrenos y satisfacciones personales para adorar al Señor Dios. Se dejaron guiar por un signo externo, una estrella que quizá brillaba con distinto fulgor, “más clara y más brillante que las demás, y tal, que atraía los ojos y los corazones de cuantos la contemplaban, para mostrar que no podía carecer de significado una cosa tan maravillosa”⁴. Eran hombres dedicados al estudio del cielo, acostumbrados a buscar en él signos. Hemos visto su estrella, dicen, y venimos a buscar al rey de los judíos. Quizá había llegado hasta ellos la esperanza mesiánica de los judíos de la diáspora, pero debemos pensar que fueron iluminados a la vez por una gracia interior que les puso en camino. El que los guio – comenta San Bernardo–, también los ha instruido, y el mismo que les advirtió externamente mediante una estrella, los iluminó en lo íntimo del corazón⁵. La fiesta de estos Santos, que correspondieron a las gracias que el Señor les otorgó, es una buena oportunidad para que consideremos si realmente la vida es para nosotros un camino que se dirige derechamente hacia Jesús, y para que examinemos si correspondemos a las gracias que en cada situación recibimos del Espíritu Santo, de modo particular al don inmenso de la vocación cristiana.

Miramos al Niño en brazos de María y le decimos: ***Señor mío Jesús: haz que sienta, que secunde de tal modo tu gracia, que vacíe mi corazón..., para que lo llenes Tú, mi Amigo, mi Hermano, mi Rey, mi Dios, ¡mi Amor!***⁶

– Los caminos que conducen a Cristo.

II. Llegaron estos hombres sabios a Jerusalén; tal vez pensaban que aquél era el término de su viaje, pero allí, en la gran ciudad, no encuentran al nacido rey de los judíos. Quizá –parece humanamente lo más lógico, si se trata de buscar a un rey– se dirigieron directamente al palacio de Herodes; pero los caminos de los hombres no son, frecuentemente, los caminos de Dios. Indagan, ponen los medios a su alcance: ¿dónde está?, preguntan. Y Dios, cuando de verdad se le quiere encontrar, sale al paso, nos señala la ruta, incluso a través de los medios que podrían parecer menos aptos.

¿Dónde está el nacido rey de los judíos? (Mt 2, 2).

Yo también, urgido por esa pregunta, contemplo ahora a Jesús, reclinado en un pesebre (Lc 2, 12), en un lugar que es sitio adecuado sólo para las bestias. ¿Dónde está, Señor, tu realeza:

² FRAY LUIS DE GRANADA, *Vida de Jesucristo*, Rialp, 2ª ed. , Madrid 1975, VI, p. 54.

³ *Is* 60, 1-6.

⁴ SAN LEON MAGNO, *Homilías sobre la Epifanía*, I, 1.

⁵ Cfr. SAN BERNARDO, *En la Epifanía del Señor*, I, 5.

⁶ SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Forja*, n. 913.

la diadema, la espada, el cetro? Le pertenecen, y no los quiere; reina envuelto en pañales. Es un Rey inerme, que se nos muestra indefenso: es un niño pequeño (...).

*¿Dónde está el Rey? ¿No será que Jesús desea reinar, antes que nada en el corazón, en tu corazón? Por eso se hace Niño, porque ¿quién no ama a una criatura pequeña? ¿Dónde está el Rey? ¿Dónde está el Cristo, que el Espíritu Santo procura formar en nuestra alma?*⁷

Y nosotros, que, como los Magos, nos hemos puesto en camino muchas veces en busca de Cristo, al preguntarnos dónde está, nos damos cuenta de que *no puede estar en la soberbia que nos separa de Dios, no puede estar en la falta de caridad que nos aísla. Ahí no puede estar Cristo; ahí el hombre se queda solo*⁸.

Hemos de encontrar las verdaderas señales que llevan hasta el Niño Dios. En estos hombres llamados a adorar a Dios reconocemos a toda la humanidad: la del pasado, la de nuestros días y la que vendrá. En estos Magos nos reconocemos a nosotros mismos, que nos encaminamos a Cristo a través de nuestros quehaceres familiares, sociales y profesionales, de la fidelidad en lo pequeño de cada día... Comenta San Buenaventura que la estrella que nos guía es triple: la Sagrada Escritura, que hemos de conocer bien; una estrella, que está siempre arriba para que la miremos y encontremos la justa dirección, que es María Madre; y una estrella interior, personal, que son las gracias del Espíritu Santo⁹. Con estas ayudas encontraremos en todo momento el sendero que conduce a Belén, hasta Jesús.

Es el Señor el que ha puesto en nuestro corazón el deseo de buscarlo: *No sois vosotros quienes me habéis elegido, sino que Yo os elegí a vosotros*¹⁰. Su llamada continua es la que nos hace encontrarlo en el Santo Evangelio, en el recurso filial a Santa María, en la oración, en los sacramentos, y de modo muy particular en la Sagrada Eucaristía, donde nos espera siempre. Nuestra Madre del Cielo nos anima a apresurar el paso, porque su Hijo nos aguarda.

Dentro de un tiempo, quizá no mucho, la estrella que hemos ido siguiendo a lo largo de esta vida terrena brillará perpetuamente sobre nuestras cabezas; y volveremos a encontrar a Jesús sentado en un trono, a la diestra de Dios Padre y envuelto en la plenitud de su poder y de su gloria, y, muy cerca, su Madre. Entonces será la perfecta epifanía, la radiante manifestación del Hijo de Dios.

– **Renovar el espíritu apostólico.**

III. La Solemnidad de la Epifanía nos mueve a renovar el espíritu apostólico que el Señor ha puesto en nuestro corazón. Desde los comienzos fue considerada esta fiesta como la primera manifestación de Cristo a todos los pueblos. “Con el nacimiento de Jesús se ha encendido una estrella en el mundo, se ha encendido una vocación luminosa; caravanas de pueblos se ponen en camino (cfr. Is 60, 1 ss); se abren nuevos senderos sobre la tierra; caminos que llegan, y, por lo mismo, caminos que parten. Cristo es el centro. Más aún, Cristo es el corazón: ha comenzado una nueva circulación que ya no terminará nunca. Está destinada a constituir un programa, una necesidad, una urgencia, un esfuerzo continuo, que tiene su razón de ser en el hecho de que Cristo es el Salvador. Cristo es necesario (...). Cristo quiere ser anunciado, predicado, difundido...”¹¹. La fiesta de hoy nos recuerda una vez más que hemos de llevar a Cristo y darlo a conocer en la entraña de la

⁷ IDEM, *Es Cristo que pasa*, Rialp, 1ª ed., Madrid 1973, 31.

⁸ *Ibidem*.

⁹ Cfr. SAN BUENAVENTURA, *En la Epifanía del Señor*, en Obras completas, II, pp. 460-466.

¹⁰ *Jn* 15, 16.

¹¹ B. PABLO VI, *Homilía* 6-I-1973.

sociedad, a través del ejemplo y de la palabra: en la familia, en los hospitales, en la Universidad, en la oficina donde trabajamos...

Levanta la vista en torno a ti, mira: tus hijos llegan de lejos... De lejos, de todos los lugares y de todas las situaciones en las que se puedan encontrar, por muy distantes que parezcan estar de Dios. En nuestro corazón resuena la invitación que años más tarde dirigirá el Señor a quienes le siguen: *Id, pues, enseñad a todas las gentes...*¹² No importa que nuestros familiares, amigos o compañeros se encuentren lejos. La gracia de Dios es más poderosa y, con su ayuda, podemos lograr que se unan a nosotros para adorar a Jesús.

No nos acerquemos hoy a Jesús con las manos vacías. Él no tiene necesidad de nuestros dones, pues es el Dueño de todo cuanto existe, pero desea la generosidad de nuestro corazón para que así se agrande y pueda recibir más gracias y bienes. Hoy ponemos a su disposición el oro puro de la caridad: al menos, el deseo de quererle más, de tratar mejor a todos; el incienso de las oraciones y de las buenas obras convertidas en oración; la mirra de nuestros sacrificios que, unidos al Sacrificio de la Cruz, renovado en la Santa Misa, nos convierte en corrededores con Él.

Y a la hora de pedir algo a los Reyes –porque son santos, que pueden interceder por nosotros en el Cielo– no les pediremos oro, incienso y mirra para nosotros; pidámosles más bien que nos enseñen el camino para encontrar a Jesús, cerca de su Madre, y fuerzas y humildad para no desfallecer en esta empresa, que es la que más importa.

*Ellos, después de oír al rey, se pusieron en marcha. Y he aquí que la estrella que habían visto en Oriente iba delante de ellos, hasta pararse sobre el sitio donde estaba el Niño. Al ver la estrella se llenaron de una inmensa alegría*¹³. Es la alegría incomparable de encontrar a Dios, al que se ha buscado por todos los medios, con todas las fuerzas del alma.

*Y entrando en la casa, vieron al Niño con María, su Madre, y postrándose le adoraron; luego abrieron sus cofres y le ofrecieron presentes: oro, incienso y mirra*¹⁴. Eran dones muy apreciados en Oriente. “Y ese mismo Niño que ha aceptado los regalos de los Magos sigue siendo siempre Aquel ante el cual todos los hombres y pueblos “abren sus cofres”, es decir, sus tesoros.

“En este acto de apertura ante el Dios encarnado, los dones del espíritu humano adquieren un valor especial”¹⁵. Todo adquiere un valor nuevo cuando se ofrece a Dios.

B. La adoración de los Magos

— Alegría de encontrar a Jesús. Adoración en la Sagrada Eucaristía

I. Mirad que llega el Señor del señorío: en la mano tiene el reino, y la potestad y el imperio¹⁶

Hoy celebra la Iglesia la manifestación de Jesús al mundo entero. Epifanía significa «manifestación»; y en los Magos están representadas las gentes de toda lengua y nación que se ponen en camino, llamadas por Dios, para adorar a Jesús. *Los reyes de Tarsis y las islas le ofrecen dones,*

¹² Mt 28, 19.

¹³ Mt 2, 9-10.

¹⁴ Mt 2, 11.

¹⁵ SAN JUAN PABLO II, Audiencia general 24-I-1979.

¹⁶ Antífona de entrada de la Misa.

*los reyes de Arabia y de Sabá le traerán presentes y le adorarán todos los reyes de la tierra; todas las naciones le servirán*¹⁷.

*Al salir los Magos de Jerusalén he aquí que la estrella que habían visto en Oriente iba delante de ellos, hasta pararse sobre el sitio donde estaba el niño. Al ver la estrella se llenaron de inmensa alegría*¹⁸.

No se extrañan por haber sido conducidos a una aldea, ni porque la estrella se detenga ante una casita sencilla. Ellos se alegran. Se alegran con un gozo incontenible. ¡Qué grande es la alegría de estos sabios que vienen desde tan lejos para ver a un rey, y son conducidos a una casa pequeña de una aldea! ¡Cuántas enseñanzas tiene para nosotros! En primer lugar, aprenderemos que todo reencuentro con el camino que nos conduce a Jesús está lleno de alegría.

Nosotros tenemos, quizá, el peligro de no darnos cuenta cabal de lo cerca de nuestras vidas que está el Señor, «porque Dios se nos presenta bajo la insignificante apariencia de un trozo de pan, porque no se revela en su gloria, porque no se impone irresistiblemente, porque, en fin, se desliza en nuestra vida como una sombra, en vez de hacer retumbar su poder en la cima de las cosas.

»¡Cuántas almas a quienes oprime la duda, porque Dios no se muestra de un modo conforme al que ellos esperan!... »¹⁹.

Muchos de los habitantes de Belén vieron en Jesús a un niño semejante a los demás. Los Magos supieron ver en Él al Niño, al que desde entonces todos los siglos adoran. Y su fe les valió un privilegio singular: ser los primeros entre los gentiles en adorarle cuando el mundo le desconocía. ¡Qué alegría tan grande debieron tener estos hombres venidos de lejos por haber podido contemplar al Mesías al poco tiempo de haber llegado al mundo!

Nosotros hemos de estar atentos porque el Señor se nos manifiesta también en lo habitual de cada día. Que sepamos recuperar esa luz interior que permite romper la monotonía de los días iguales y encontrar a Jesús en nuestra vida corriente.

*Y entrando en la casa, vieron al Niño con María, su madre, y postrándose le adoraron*²⁰.

Nos arrodillamos también nosotros delante de Jesús, del Dios escondido en la humanidad: le repetimos que no queremos volver la espalda a su divina llamada, que no nos apartaremos nunca de Él; que quitaremos de nuestro camino todo lo que sea un estorbo para la fidelidad que deseamos sinceramente ser dóciles a sus inspiraciones²¹.

Le adoraron. Saben que es el Mesías, Dios hecho hombre. El Concilio de Trento cita expresamente este pasaje de la adoración de los Magos al enseñar el culto que se debe a Cristo en la Eucaristía. Jesús presente en el Sagrario es el mismo a quien encontraron estos hombres sabios en brazos de María. Quizá debamos examinar nosotros cómo le adoramos cuando está expuesto en la custodia o escondido en el Sagrario, con qué adoración y reverencia nos arrodillamos en los momentos indicados en la Santa Misa, o cada vez que pasamos por aquellos lugares donde está reservado el Santísimo Sacramento.

— Los dones de los Magos. Nuestras ofrendas

¹⁷ Salmo responsorial de la Misa, Sal 71.

¹⁸ Mt 2, 10.

¹⁹ J. LECLERQ, *Siguiendo el año litúrgico*, p. 100.

²⁰ Mt 2, 11.

²¹ SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Es Cristo que pasa*, 35.

II. Los Magos abrieron sus cofres y le ofrecieron presentes: oro, incienso y mirra²² . Los dones más preciosos del Oriente; lo mejor, para Dios. Le ofrecen oro, símbolo de la realeza. Nosotros los cristianos también queremos tener a Jesús en todas las actividades humanas, para que ejerza su reino de justicia, de santidad y de paz sobre todas las almas. También le ofrecemos *el oro fino del espíritu de desprendimiento del dinero y de los medios materiales. No olvidemos que son cosas buenas, que vienen de Dios. Pero el Señor ha dispuesto que los utilicemos, sin dejar en ellos el corazón, haciéndolos rendir en provecho de la humanidad²³.*

Le ofrecemos incienso, el perfume que, quemado cada tarde en el altar, era símbolo de la esperanza puesta en el Mesías. Son incienso *los deseos, que suben hasta el Señor, de llevar una vida noble, de la que se desprende el bonus odor Christi (2 Co 2, 15), el perfume de Cristo. Impregnar nuestras palabras y acciones en el bonus odor, es sembrar comprensión, amistad. Que nuestra vida acompañe las vidas de los demás hombres, para que nadie se encuentre o se sienta solo (...)*

El buen olor del incienso es el resultado de una brasa, que quema sin ostentación una multitud de granos; el bonus odor Christi se advierte entre los hombres no por la llamarada de un fuego de ocasión, sino por la eficacia de un rescoldo de virtudes: la justicia, la lealtad, la fidelidad, la comprensión, la generosidad, la alegría²⁴.

Y, con los Reyes Magos, ofrecemos también mirra, porque Dios encarnado tomará sobre sí nuestras enfermedades y cargará con nuestros dolores. La mirra es *el sacrificio que no debe faltar en la vida cristiana. La mirra nos trae al recuerdo la Pasión del Señor: en la cruz le dan a beber mirra mezclada con vino (Cfr. Mc 15, 23), y con mirra ungieron su cuerpo para la sepultura (Cfr. Jn 19, 39). Pero no penséis que, reflexionar sobre la necesidad del sacrificio y de la mortificación, significa añadir una nota de tristeza a esta fiesta alegre que celebramos hoy.*

Mortificación no es pesimismo, ni espíritu agrio²⁵. La mortificación, por el contrario, está muy relacionada con la alegría, con la claridad, con hacer la vida agradable a los demás. La mortificación *no consistirá de ordinario en grandes renunciaciones, que tampoco son frecuentes. Estará compuesta de pequeños vencimientos: sonreír a quien nos importuna, negar al cuerpo caprichos de bienes superfluos, acostumbrarnos a escuchar a los demás, hacer rendir el tiempo que Dios pone a nuestra disposición... Y tantos detalles más, insignificantes en apariencia, que surgen sin que los busquemos –contrariedades, dificultades, sinsabores–, a lo largo de cada día²⁶.*

Diariamente hacemos nuestra ofrenda al Señor, porque cada día podemos tener un encuentro con Él en la Santa Misa y en la Comunión. En la patena que el sacerdote ofrece, podemos poner también nuestra ofrenda, hecha de cosas pequeñas, y que Jesús aceptará. Si las hacemos con rectitud de intención, esas cosas pequeñas que ofrecemos obtienen mucho más valor que el oro, el incienso y la mirra, pues se unen al sacrificio de Cristo, Hijo de Dios, que allí se ofrece²⁷.

— Manifestación del Señor a todos los hombres. Apostolado

²² Mt 2, 11.

²³ SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *o.c.*, 35.

²⁴ *Ibidem*, 36.

²⁵ *Ibidem*, 37.

²⁶ *Ibidem*.

²⁷ Cfr. *Oración de la Ofrenda de la Misa*.

III. Después, obedeciendo a la voz de un ángel, los Magos *regresaron a su país por otro camino*²⁸, nos dice el Evangelista. ¡Qué transparente han debido tener el alma estos hombres hasta el fin de sus días por haber visto al Niño y a su Madre!

Nosotros vemos en estos singulares personajes a miles de almas de toda la tierra que se ponen en camino para adorar al Señor. Han pasado veinte siglos desde aquella primera adoración y ese largo desfile del mundo gentil sigue llegando a Cristo

Mediante esta fiesta, la Iglesia proclama la manifestación de Jesús a todos los hombres, de todos los tiempos, sin distinción de raza o nación. Él «instituyó la nueva alianza en su sangre, convocando un pueblo entre los judíos y los gentiles que se congregará en unidad... y constituirá el nuevo Pueblo de Dios»²⁹

La fiesta de la Epifanía nos mueve a todos los fieles a compartir las ansias y las fatigas de la Iglesia, que «ora y trabaja a un tiempo, para que la totalidad del mundo se incorpore al pueblo de Dios, Cuerpo del Señor y Templo del Espíritu Santo»³⁰

Nosotros podemos ser de aquellos que, estando en el mundo, en medio de las realidades temporales hemos visto la estrella de una llamada de Dios, y llevamos esa luz interior, consecuencia de tratar cada día a Jesús; y sentimos por eso la necesidad de hacer que muchos indecisos o ignorantes se acerquen al Señor y purifiquen su vida. La Epifanía es la fiesta de la fe y del apostolado de la fe. «Participan en esta fiesta tanto quienes han llegado ya a la fe como los que se encuentran en el camino para alcanzarla. Participan, agradeciendo el don de la fe, al igual que los Magos, que, llenos de gratitud, se arrodillaron ante el Niño. En esta fiesta participa la Iglesia, que cada año se hace más consciente de la amplitud de su misión. ¡A cuántos hombres es preciso llevar todavía a la fe! Cuántos hombres es preciso reconquistar para la fe que han perdido, siendo a veces esto más difícil que la primera conversión a la fe. Sin embargo, la Iglesia, consciente de aquel gran don, el don de la Encarnación de Dios, no puede detenerse, no puede pararse jamás. Continuamente debe buscar el acceso a Belén para todos los hombres y para todas las épocas. La Epifanía es la fiesta del desafío de Dios»³¹

La Epifanía nos recuerda que debemos poner todos los medios para que nuestros amigos, familiares y colegas se acerquen a Jesús: a unos será facilitarles un libro de buena doctrina, a otros unas palabras vibrantes para que se decidan a ponerse en camino, a aquella otra persona hablándole de la necesidad de formación espiritual

Al terminar hoy nuestra oración, no pedimos a estos santos Reyes que nos den oro, incienso y mirra; parece más natural pedirles que nos enseñen el camino que lleva a Cristo para que cada día le llevemos nuestro oro, nuestro incienso y nuestra mirra. Pidámosle también ***a la Madre de Dios, que es nuestra Madre, que nos prepare el camino que lleva al amor pleno: Cor Mariae dulcissimum, iter para tutum! Su dulce corazón conoce el sendero más seguro para encontrar a Cristo.***

Los Reyes Magos tuvieron una estrella; nosotros tenemos a María Stella maris, Stella orientis³².

²⁸ Mt 2, 12.

²⁹ CONC. VAT. II, Const. *Lumen gentium*, 9.

³⁰ *Ibidem*, 17.

³¹ SAN JUAN PABLO II, *Homilía* 6-I-1979.

³² SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *o.c.*, 38.

Rev. D. Joaquim VILLANUEVA i Poll (Barcelona, España) (www.evangelinet.net)

«Entraron en la casa; vieron al Niño con María su madre y, postrándose, le adoraron»

Hoy, el profeta Isaías nos anima: «Levántate, brilla, Jerusalén, que llega tu luz; la gloria del Señor amanece sobre ti» (Is 60,1). Esa luz que había visto el profeta es la estrella que ven los Magos en Oriente, con muchos otros hombres. Los Magos descubren su significado. Los demás la contemplan como algo que les parece admirable, pero que no les afecta. Y, así, no reaccionan. Los Magos se dan cuenta de que, con ella, Dios les envía un mensaje importante por el que vale la pena cargar con las molestias de dejar la comodidad de lo seguro, y arriesgarse a un viaje incierto: la esperanza de encontrar al Rey les lleva a seguir a esa estrella, que habían anunciado los profetas y esperado el pueblo de Israel durante siglos.

Llegan a Jerusalén, la capital de los judíos. Piensan que allí sabrán indicarles el lugar preciso donde ha nacido su Rey. Efectivamente, les dirán: «En Belén de Judea, porque así está escrito por medio del profeta» (Mt 2,5). La noticia de la llegada de los Magos y su pregunta se propagaría por toda Jerusalén en poco tiempo: Jerusalén era entonces una ciudad pequeña, y la presencia de los Magos con su séquito debió ser notada por todos sus habitantes, pues «el rey Herodes se sobresaltó y con él toda Jerusalén» (Mt 2,3), nos dice el Evangelio.

Jesucristo se cruza en la vida de muchas personas, a quienes no interesa. Un pequeño esfuerzo habría cambiado sus vidas, habrían encontrado al Rey del Gozo y de la Paz. Esto requiere la buena voluntad de buscarle, de movernos, de preguntar sin desanimarnos, como los Magos, de salir de nuestra poltronería, de nuestra rutina, de apreciar el inmenso valor de encontrar a Cristo. Si no le encontramos, no hemos encontrado nada en la vida, porque sólo Él es el Salvador: encontrar a Jesús es encontrar el Camino que nos lleva a conocer la Verdad que nos da la Vida. Y, sin Él, nada de nada vale la pena.
